BOLSILIBROS BRUGUERA

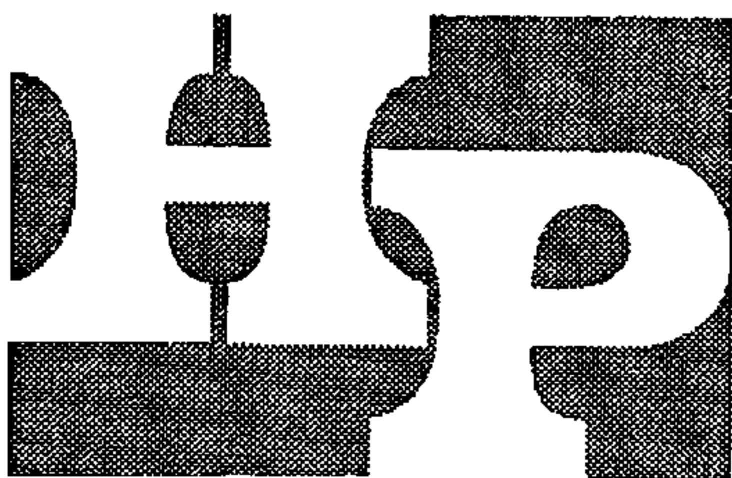
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Silver Kane

ESTRELLA NEGRA







Héroes de la PRADERA



Silver Kane

ESTRELLA NEGRA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 227
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 12.438 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: mayo, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre se presentó ante el juez de Fayetteville, ciudad situada en el extremo noroeste de Arkansas. Llevaba un irreprochable traje gris, una camisa blanca y corbata de lazo. Lucia también un revólver.

Debía tener unos veintiocho años y era alto, moreno, con los ojos entre grises y azules. Su mandíbula era cuadrada, y bajo la tela de su bien planchado traje se adivinaban músculos de acero. Pero no tenía aspecto de pistolero ni de truhan; antes bien, debajo de uno de sus brazos llevaba un libro.

El juez preguntó:

—¿Quién es usted?

El recién venido no contestó. Pasó una mirada por el despacho que era amplio pero destartalado, y entreabrió un poco la levita mostrando su chaleco.

Prendida en ese chaleco había una estrella negra.

El juez carraspeó.

—No creí que viniera al fin —dijo.

—¿Y por qué no? Yo voy a todos los sitios donde se me indica.

—¿Cómo se llama usted? ¿Puedo saberlo? Todo el mundo tiene la maldita costumbre de llamarle Estrella Negra, pero son pocos los que conocen su nombre auténtico.

—Me llamo William Foster. Pero generalmente o me conocen por Estrella Negra o me conocen por Will.

El juez se acomodó mejor en su sillón de cuero detrás de la enorme mesa. Debía tener unos cuarenta años, pero por su aspecto de cansancio y preocupación parecía en estos momentos mucho más viejo.

—¿No se sienta? —dijo a Will.

—Gracias.

Will se sentó. Al hacerlo, se vio que el revólver seguía la misma postura que su pierna. Llevaba la funda atada al muslo por medio de un fino hilo de seda.

—De modo que ha venido… —dijo el juez—. Repito que no le esperaba. Hacen falta ganas de venir a una población como Fayetteville en estos momentos, llevando encima la misión que usted lleva.

—Mi misión no tiene nada de particular.

El juez carraspeó de nuevo, abrió un cajón y extrajo tres cosas: Una botella de *whisky*, un revólver «Derringer» y una gruesa pila de papeles cosidos, formando un libro. Bebió un trago de *whisky*, se guardó el revólver y tendió la pila de papeles a Will.

—¿Qué es esto? —preguntó el recién venido.

—El sumario contra Conan, el hombre a quien usted debe acusar. ¿Quiere echarle un vistazo? Pero no hace falta… Yo le ahorraré ese trabajo. Se acusa a Conan de once atracos a mano armada, siete asesinatos por la espalda y ocho en desafíos cara a cara que sin embargo no fueron legales, por haberse celebrado en sitios donde el uso de las armas estaba prohibido. Ni que decir tiene que en los siete casos de asesinato por la espalda la víctima cayó con la nuca atravesada y, en los ocho desafíos cara a cara el oponente de Conan cayó tendido en la calle…, con los ojos atravesados.

El juez hizo una pausa, mientras se atizaba otro trago de *whisky*, y murmuró:

—Eso de los ojos de sus enemigos parece que trae loco a Conan… Siempre dispara así. Los cuerpos de aquéllos a quienes él ha matado, se conocen por eso.

—¿Qué más? —preguntó lentamente Will.

—Parece como si eso no le impresionase…

—He preguntado que si hay algo más. Los detalles no me interesan.

—Pues… —El juez carraspeó nuevamente—. Conan no tiene sólo esas debilidades. También, ¿sabe?, se pirra por las mujeres. Se le acusa de dos delitos de rapto y uno de violación. Toda una hazaña.

—¿Qué más?

El juez pegó otro ataque a la botella de *whisky* que la dejó temblando.

—Oiga…, ¿es que usted no se asusta por nada?

—No he venido aquí para asustarme, juez.

—Claro, claro… Ya comprendo. Tiene usted una bonita fama detrás, amigo mío. «El fulano que no se asusta ni, aunque le hagan acostarse con su propio cadáver», dicen de usted por Arkansas. Y a mí siempre me ha llamado la atención esa estrella negra. ¿De qué metal está hecha?

—De latón, como todas.

—¿Y por qué tiene ese color?

—La teñimos cuando estaba al rojo. Un herrero de Quachita, donde yo fui *sheriff*, conocía la fórmula. Fue sencillo, y el color negro, aunque no es muy intenso, no marchará jamás.

—¿Por qué hizo eso, Will? ¿Por qué la maldita manía de llevar una estrella negra?

—Mi maestro —dijo él calmosamente— fue el *sheriff* Doyle. Un buen hombre, créame, que sólo se emborrachaba los sábados y que antes de ahorcar a alguien siempre le atiborraba de buenos consejos. Siempre avisaba treinta o cuarenta veces antes de tirar a matar. Yo le decía: «No lo haga, sus enemigos se van a morir de aburrimiento». Pero un día le cazaron por la espalda —cerró los ojos un momento—. Mejor dicho, no fue un día, sino una noche. Lo cazaron por la espalda y lo cosieron a balazos en una calleja de Candem, Quachita. El que lo hizo fue Conan.

Abrió de nuevo los ojos y prosiguió:

—Entonces me nombraron *sheriff* a mí, pero juré que llevaría luto a mi antecesor. Podía teñirme las ropas de negro, pero me fastidiaba. No tenía otras, ¿sabe? También podía arrimarme a alguna mujer que fuese de luto por si me pegaba algo, pero el sistema no dio resultado. Entonces fue cuando teñí la estrella.

El juez se inclinó hacia adelante, mientras brillaban sus ojos.

—¿Cuánto tiempo fue *sheriff* de Quachita, Will?

—Cuatro años, mientras estudiaba leyes.

—¿Y a cuántos hombres mató?

Will puso calmosamente ambos pies sobre la mesa y alzó las dos manos, separando los diez dedos.

—Todos éstos.

—¿Diez?

—No, no… —Will señaló con el mentón los pies—. Los dedos de ahí también entran en la cuenta. Fueron veinte.

El juez abrió mucho la boca y buscó a tientas la botella de *whisky*. Cuando la agarró, la dejó al borde de la muerte.

—¿Cara a cara?

—Pues…, claro que sí. Recuerdo, de todos modos, que a uno lo alcancé de costado.

—No sé a qué vienen estas bromas, Will. En el juicio lo va a pasar muy mal, si sigue por ese camino. Tiene que acusar a Conan, nada menos. Acusar a Conan y pedir para él la pena capital.

—No veo que eso sea difícil.

—¿No? Je, je… Bueno, no me voy a reír porque luego me duelen los riñones. Conan es hoy el tipo más protegido y cuidado que existe en todo Arkansas. El gobernador le ha nombrado a usted como fiscal especial porque sabe que es el hombre más duro con que se puede contar en todo el Estado, pero eso no basta. La ciudad, amigo mío, está hoy prácticamente ocupada por los miembros de la banda de Conan. Éstos no han asaltado ya la cárcel porque saben que no es necesario, ya que su jefe será absuelto. He tenido que hacer siete llamamientos para poder reunir al fin un jurado de nueve personas. Y esos nueve hombres están aterrorizados, dominados por la banda de Conan. Saben que si dan un veredicto de culpabilidad morirán sin remedio. Todos están dispuestos, ya de antemano, a decidir la absolución por falta de pruebas. Sólo uno de los miembros juró y perjuró que él obraría con arreglo a su conciencia y… Mire.

El juez se puso en pie, agarró la botella de *whisky* y fue con ella hasta una puerta contigua. La abrió. Más allá estaba la sala de audiencias, muy grande, con la tribuna para el juez, el estrado para los testigos, otra tribuna para el jurado y los puestos para el fiscal y el abogado defensor. La sala era grande, incluso demasiado grande y bonita para una población como Fayetteville. Pero Will no se fijó en eso, sino en el hombre que estaba en el centro de la sala. El hombre estaba en el suelo y en posición muy incómoda, pero no era por su propia voluntad.

Tenía las manos atadas y una soga todavía ceñida al cuello, soga que había sido cortada muy cerca de la nuca. Su aspecto no era

agradable, porque debía haber muerto con cierta lentitud. Sus ropas estaban cubiertas de polvo.

—Lo han arrojado hace media hora delante del porche —explicó el juez—. Era el miembro del jurado que no quería dejarse intimidar. He hecho ponerlo aquí para que nadie lo vea y procuraré enterrarlo en secreto, pero aun así, la noticia correrá como el fuego sobre un reguero de pólvora. Esta noche todo el mundo conocerá lo sucedido, y no habrá modo de conseguir siquiera que el jurado se reúna. Si después de esto cree aún que su labor va a ser fácil, permita que me desabroche el chaleco para reírme mejor.

Las facciones de Estrella Negra no se habían alterado. Miraba al cadáver como si éste fuese un mueble.

—¿Cuándo empieza el juicio? —preguntó.

—Mañana, pero puede usted pedir un aplazamiento si no ha tenido tiempo de estudiar el caso.

—El caso está estudiado —dijo Will entre dientes—. Vendré mañana sin falta.

Y lentamente, salió del despacho del juez.

CAPÍTULO II

—¿Su pase?

El hombre que estaba ante la puerta de la oficina del *sheriff*, con un rifle en la mano, apuntaba directamente a Will.

—¿Su pase? —repitió.

Will apartó levemente uno de los costados de la americana y mostró sobre el chaleco la estrella negra.

El hombre parpadeó.

—Usted es el tipo que estuvo de *sheriff* en Quachita, ¿no?

—Así es. Y quiero ver al acusado Conan.

—Entre.

En el interior de la oficina había cuatro gorilas más. Los cuatro estaban sentados en sillas y descansaban los rifles sobre las rodillas, pero se les adivinaba tensos y dispuestos a disparar contra cualquier intruso. Lo que podía ser de un intruso al que los cuatro rifles alcanzaran a la vez, resultaba fácil imaginarlo.

Uno de los gorilas conocía a Will.

—Muchachos —susurró—. Con éste hay que ponerse en pie. Yo, una vez, en su condado, le vi matar a tres hombres. Lo que no se me olvidará nunca es que cuando los desafió llevaba tres balas.

—Aquel día debía estar bien de dinero —gruñó Will—. Normalmente no llevo tantas.

—¿A qué ha venido, Estrella Negra?

—Quiero ver al acusado.

—Me han dicho que usted actuará en el juicio como fiscal especial nombrado por el gobernador. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Y quiere ver a Conan? ¿Para qué?

—Quiero que prepare mejor su defensa. No va a resultarle

agradable saber que soy yo quien le acuso.

—Cierto. Se esperaba que ningún fiscal se atrevería a presentarse en el juicio, porque los hombres de Conan dominan prácticamente la ciudad. Pero, entre…

Detrás de las oficinas del *sheriff* estaban las celdas. Éstas eran cuatro, todas ellas seguras y bien acondicionadas. Sólo estaba ocupada una, la situada más al fondo.

Will avanzó, descansó una mano sobre el revólver y dijo:

—Hola, Conan.

Conan lo estaba mirando. Era rubio y tenía los ojos claros, tan claros y transparentes que resultaban inhumanos. Will recordaba haber visto ojos así en los reptiles y en algunas aves de presa.

Conan sonreía, mostrando una doble hilera de dientes iguales. Tenía unos treinta años, y no iba mal vestido ni mal cuidado. Se veía que sus hombres le hacían llegar todo lo necesario desde fuera de la cárcel.

—Caramba, Will. Tú aquí…

—¿Te sorprende?

—¡Oh, no! ¡Vaya tontería! Por mí puedes estar donde te dé la gana. ¿Ya no eres *sheriff* de aquel condado miserable? ¿Quachita se llamaba?

—No, ya no lo soy.

—Hiciste mal en dejarlo. Allí, al menos, estabas tranquilo.

—Claro.

Will extrajo dos buenos cigarros de uno de los bolsillos superiores de su chaleco.

—¿Te apetece fumar?

—¿Cómo no? Venga.

Will le entregó uno de los dos cigarros a través de las rejas y le prendió fuego. El encendió luego el suyo.

—¿Y qué haces aquí, Will, si puede saberse? —preguntó tranquilamente Conan, mientras exhalaba una columna de humo.

—Soy el fiscal especial nombrado por el gobernador. El que ha de acusarte durante tu juicio.

El hermoso cigarro casi cayó a tierra desde los labios de Conan.

—¿Cómo?

—Lo he dicho muy claramente. Soy el fiscal.

Conan le miró durante unos instantes con los ojos desorbitados,

y de pronto se quitó el cigarro de la boca. Fue entonces cuando empezó a reír. Sus carcajadas le hicieron estremecer el pecho y hasta el vientre que estaba un poco abultado por la falta de ejercicio. Estuvo riendo casi durante un par de minutos, mientras Will le miraba fijamente.

Al fin se calmó.

—Pero ¿por qué quieres morir? —preguntó Conan al cabo de unos instantes—. ¿Qué mosca te ha picado?

—Ninguna. Y no veo la razón por la que tengo que morir.

—La ciudad está ocupada por mis pistoleros. Tengo más de quince hombres dispuestos a todo, a los cuales doy órdenes directamente porque el juez no se ha atrevido a incomunicarme. Vienen aquí y me traen cosas, ¿sabes? Cigarros, buena comida, periódicos y hasta fotos de chicas para que me distraiga. La lástima es que no puedan traerme alguna chica de verdad. Yo les digo muy cariñosamente: «Muchachos, hay que arreglar las cuentas a aquél». O: «Es necesario que tal y cual se callen para siempre». Les tengo dicho que eliminen a cualquiera que en el jurado vote contra mí. Y desde luego, que el fiscal no salga vivo. ¿Por qué tienes que ser tú el pajarito al cual liquiden, pobre Will? Dime que es una broma.

—No lo es.

Las facciones de Conan se ensombrecieron poco a poco.

—¿Es por lo de tu antecesor? ¿Por lo de aquel estúpido viejo que era *sheriff* del condado antes de que te nombraran a ti?

—Ésa es sólo una de las razones.

—Dame otra.

—Elsa.

Aquel nombre de mujer hizo que Conan se pasara lentamente la lengua por los labios.

—De modo que Elsa, ¿eh?

—Sí. Ella es la principal causa de que yo esté aquí.

—Pero ¿cuánto tiempo hace que no la has visto, idiota?

—Cuatro años.

—¿Y al cabo de cuatro años de no ver a una mujer vas a complicarte la vida por ella?

—Lo de Elsa no lo olvido, Conan. Todavía rechinan mis dientes al recordarlo. Han transcurrido sólo cuatro años e igual sería si hubiesen transcurrido cuarenta. Además, alguien tiene que acusarte

por todos tus crímenes, y ese alguien voy a ser yo. No tengo miedo a tus hombres.

Conan se puso de repente el cigarro en la boca otra vez y le pegó un mordisco que por poco lo parte por la mitad.

—Puede que no tengas miedo a mis hombres, pero me tienes miedo a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy bonito acusar a uno desde el sitio de fiscal, sin tener que manejar el revólver. Tú lo manejas bien, pero yo lo manejo cien veces mejor, y de aquí tu miedo. No te atreves a enfrentarte a mí cara a cara, y por eso pretendes enviarme a la horca. No eres más que un cobarde, Will, un cobarde repugnante.

Will no dijo nada. Se limitó a ocultar el rostro tras el espeso humo de su cigarro.

—No he venido a hablar de esto, sino a decirte que no te confíes demasiado —susurró después—. Tú piensas que nadie te va a acusar, o que el fiscal que se presente dirá tan sólo cuatro palabras tontas para que te absuelvan y así salvar tu vida y la suya. Y estás en un error, Conan. Prepara bien la defensa porque en el juicio se juega tu cabeza.

—Y la tuya.

—Aún puedes advertir a tu defensor. Voy a ser un enemigo implacable, pero al menos te aviso.

—Mi defensor no ha llegado aún.

—Peor para ti, Conan.

Will se encaminó hacia la puerta que daba a la oficina del *sheriff*. Arrojó el cigarro.

Conan susurró:

—¿Sabes? Me alegro de haber hecho lo que hice con Elsa.

Los ojos de Will brillaron durante unos segundos con fulgor salvaje, pero luego fueron quedando apagados y fríos hasta parecer dos pedazos de metal.

Salió del departamento de celdas.

Los tipos que estaban en la oficina, todavía con los rifles sobre las piernas, le miraron.

—¿Qué? —dijo uno—. ¿Han estado contando chistes? He oído reír a Conan.

—Conan tiene muy buen humor.

—Sí, desde luego. Está seguro de que saldrá a la calle. Dice que no habrá jurado que sea capaz de imponerle ni un día de cárcel.

—Ya lo veremos.

—¿Está loco, Will? ¿Va a entendérselas con quince hombres?

—¿Y ustedes no se juegan nada?

—Nosotros somos simples guardianes. Los hombres de Conan no nos atacarán porque saben que su jefe va a ser absuelto. Pero el caso de usted es distinto, Will, muy distinto.

Will sonrió secamente y salió de la oficina del *sheriff*, encaminándose calle abajo hacia su hotel.

Pero antes de llegar allí vio a una mujer.

Aquella mujer era Elsa.

CAPÍTULO III

No estaba sola.

Como ocurría muchas veces en las ciudades del Oeste, una mujer bonita llamaba demasiado la atención de los pistoleros y de los desocupados que rodaban de *saloon* en *saloon*. Y Elsa era bonita. ¡Diablos si lo era!

El tipo que marchaba a su lado debía decirle cosas demasiado fuertes, porque la muchacha estaba roja hasta la raíz de los cabellos. Eso era fácil apreciarlo incluso bajo la luz artificial de las lámparas de petróleo.

Will se detuvo.

Cuatro años habían pasado desde la última vez que la vio, y la mujer había cambiado mucho. Incluso en el primer instante resultaba difícil reconocerla, ésa era la verdad. Vestía muy bien, como una auténtica señorita. No llevaba los cabellos largos y caídos sobre los hombros, como en otra época, sino que se los había recogido sobre la nuca. Esos cabellos eran color castaño claro, casi rubios. Los ojos de Elsa seguían siendo azules, pero ahora tenían un fulgor metálico. Sus formas abundantes y pródigas en curvas se marcaban bajo el vestido. La muchacha de cuatro años antes se había convertido en una maravillosa mujer.

Will, para no provocar una pelea, ignoró expresamente al tipo que la estaba hablando.

—Elsa… —llamó.

Elsa volvió la cabeza. Sus ojos azules se clavaron en él. Tuvieron más que nunca un fulgor metálico.

—Will…

El tipo que estaba junto a ella tartajeó:

—¿Quién es Will? ¿Ese muñeco?

—Lárguese, amigo. Más vale que termine la noche en un *saloon* donde encontrará chicas alegres. Deje de molestar a ésta.

—Es usted el que va a largarse.

—Mire, compadre —dijo aburridamente Will—, esta situación ya la he vivido otras veces y sé de qué modo termina: uno de los dos va al cementerio. De modo que ahórreme el final de la historia y evapórese de una vez. No tengo ninguna intención de matarle.

—Yo, sí.

Will puso una mano sobre el revólver.

—Por última vez: ¡fuera!

—Le advierto que soy un hombre de Conan. Tengo más ami…

No llegó a terminar la frase.

Will vio su movimiento y se adelantó a él. Su mano izquierda voló hacia el revólver. Era zurdo, y eso desorientaba a sus enemigos. Una bala atravesó de parte a parte la cabeza del hombre antes de que éste llegase a «sacar».

Will sopló en el cañón del revólver y volvió a guardarlo sin reponer la bala.

Elsa estaba atónita. Durante unos momentos contempló el cadáver caído a sus pies, sin hacer un solo gesto. Luego pasó por encima de él, recogiéndose levemente la falda y mostrando el nacimiento de sus piernas enfundadas en brillantes medias negras. Se acercó a Will, mientras unos cuantos amigos del muerto se apresuraban a recoger el cadáver y marcar bien en su memoria al zurdo para cuando llegase la ocasión de eliminarle. Will sabía que a partir de ahora viviría sobre un auténtico volcán.

—No has cambiado —susurró Elsa.

—Sí, he cambiado un poco —dijo Will—. Antes sabía disparar decentemente también con la derecha, mientras que ahora fallo en cuanto no toco el revólver con la izquierda.

—Sigues siendo un pistolero, Will. Nunca has servido para otra cosa.

Will sonrió levemente.

—¿No podíamos seguir hablando en otro sitio, sin un muerto en medio? ¿Adónde ibas?

—Paseaba por la ciudad porque quería conocerla. No iba en realidad a ningún sitio.

—¿Te importa, entonces, que te invite a tomar algo? Allí hay un

local que no parece malo. ¿Vamos?

Señalaba con la mirada un *saloon* que estaba a pocos pasos. Se veía a unos cuantos tipos holgazaneando en el porche, pero el ambiente parecía tranquilo. Elsa se encogió de hombros y se dirigieron hacia allí. Mientras caminaban, susurró:

—Es extraño. Acabas de matar a un hombre y ni siquiera se ha presentado el *sheriff*.

—El *sheriff* debe tener otras cosas en qué pensar. Por ejemplo, el asunto de Conan.

Miró a la mujer al decir esto, observando la reacción que en ella producían aquellas palabras. Pero no se alteró lo más mínimo el gesto de Elsa. Pareció como sí aquel nombre no le recordase nada.

Entraron en el local y se sentaron a una mesa lejos de las ventanas, pues Will sabía que los amigos del caído querrían vengar su muerte, y una ventana es un sitio fatal cuando a uno le disparan con rifle desde cualquier rincón oscuro.

—Han pasado cuatro años —elijo Elsa lentamente—. Creí que no volvería a verte, Will.

—Pensaba lo mismo. —La voz de Will era lejana y evitaba mirar a la mujer—. ¿Dónde has estado?

—En Filadelfia.

—Es extraño. Debe resultar una ciudad demasiado grande para una mujer que siempre ha vivido en el Oeste. ¿Qué hacías allí?

—Me convertí en lo que quería ser: en una mujer Antes era solamente una muchacha.

Will posó la mirada en la mesa, mientras entrelazaba los dedos. Por primera vez no parecía dueño de sí mismo, y daba la sensación de estar muy nervioso Después de tragar saliva lentamente, preguntó con débil voz:

—¿Y… tu hijo?

Ella también evitó mirarle.

—Lo dejé en Filadelfia, en un buen colegio. Tiene muy buena salud y es un chico muy alegre, ¿sabes? Te gustaría conocerlo.

—¿Qué edad debe tener ahora?

—Pues…, poco más de tres años.

—Es extraño que te lo hayan admitido en un colegio a tan corta edad. Los quieren ya mayorcitos, ¿no?

—Dije que no podía cuidarlo. Son unas monjas francesas que

sólo se dedican al cuidado de los niños. ¡Oh, Filadelfia es una ciudad tan distinta a ésta! Hay monjas y todo. Hace unos meses que lo tengo allí, y sé que lo cuidan muy bien. Al principio, el niño y yo lo pasamos muy mal, porque yo estudiaba y trabajaba.

—Siempre fuiste muy estudiosa —susurró él—. Recuerdo que siendo tan sólo una muchacha ya te habías convertido en la maestra del pueblo.

—Sí, pero en Filadelfia fue distinto. Tenía que estudiar cosas mucho más serias. Lo pasé muy mal.

Sin responder, Will extrajo lentamente un reloj de oro del bolsillo de su chaleco. Era un reloj macizo, con tapa, muy valioso. Pensativamente lo hizo oscilar al borde de su cadena, ante los ojos quietos de Elsa.

—¿Aún lo conservas? —susurró ella.

Will movió un resorte y alzó la tapa. En la parte interior de ésta había grabada una inscripción: «A William, el único y eterno amor de mi vida. Elsa». La volvió a cerrar.

Elsa tenía los ojos quietos como dos pedazos de metal.

—Cuando me lo regalaste faltaban sólo dos semanas para nuestra boda —dijo Will en voz baja.

—Dos semanas…

—Habíamos hablado incluso con el reverendo Payton para el sermón de nuestra boda, ¿recuerdas? Yo le dije: «Reverendo, no aproveche la ceremonia para soltarnos un rollo de dos horas como los que tiene usted por costumbre. Haga un sermón breve y sin demasiados consejos, ¿eh? Los dos sabemos lo que hemos de hacer. Ella mandar y yo trabajar. ¿Qué más quiere enseñarnos?». El reverendo dijo que sí, y añadió que por la ceremonia sólo quería cobrarme un dólar, teniendo en cuenta que tú habías ido muchas mañanas a limpiar la iglesia. Todo aquello parece muy lejano, ¿verdad? Yo guardé el dólar que tenía que darle a Payton y aún lo conservo. Míralo.

Depositó una moneda sobre la mesa. Estaba muy brillante y pulida, y como si hubiera estado largas horas acariciándola con sus dedos.

Los ojos de Elsa se enturbiaron un momento.

—Éramos muy distintos —susurró.

—No. No éramos distintos. Simplemente tú tenías ilusión y yo

también. Creíamos en el amor y en la vida. Todo nos parecía maravillosamente sencillo, ¿recuerdas? Entonces yo tuve que hacer aquella investigación fuera de la ciudad y llegó Conan con sus hombres.

Los ojos de la mujer se ensombrecieron un poco, pero continuaron espantosamente fijos.

—Sí, llegó Conan con sus hombres —musitó.

—Conan debía ser un tipo atractivo entonces —dijo lentamente Will—. Reconozco que todavía lo sigue siendo. Te hizo la corte y tú le recibiste en tu casa. Muchas veces me he preguntado por qué.

Ante el silencio de ella, que tenía los labios apretados y rígidos, él susurró:

—No tengo derecho a hacerte preguntas y no te las hago. Si quieres, cambiaremos de conversación.

—No. ¿Por qué hemos de cambiar?

—Repito que no tengo derecho a resucitar recuerdos que quizá sean dolorosos para ti.

Ella seguía con los labios apretados.

—A mí ya nada puede hacerme daño, Will.

—Entonces, ¿es cierto que recibiste en tu casa a Conan, Elsa? —susurró él, con angustia—. Di, ¿no hay ninguna falsedad en lo que yo creo? ¿Lo recibiste voluntariamente?

—Sí.

La sílaba había sonado breve, casi inaudible, pero para Will fue como si le hubieran propinado un latigazo en pleno rostro. Echó la cabeza hacia atrás, y por un momento cerró los ojos. Elsa vio que las manos que el tenía sobre la mesa quedaban crispadas como garras.

Pero fue solo un momento. En seguida él consiguió dominarse.

—¿Por qué lo recibiste, Elisa?

—Dijo que estaba herido, dijo que necesitaba que alguien le atendiese. Aquel anochecer…, el médico estala fuera, cuidando a los enfermos de un rancho. En la escuela teníamos un botiquín. Yo creí que era mi deber atenderle y lo hice.

Will apretó los labios.

—¿Estaba herido?

—No.

—¿Por qué no le echaste al ver que te había engañado?

—No pude. Uno de sus pistoleros, un gigante llamado Ramiro, estaba ya en la puerta. Intenté llegar hasta ella, y riendo, me arrojó otra vez de un empujón al centro de la escuela. Yo…, yo tenía un pequeño cuarto allí para dormir y me di cuenta de que los ojos de Conan iban hacia aquel sitio. Me estremecí de horror.

Will tenía los labios apretados y miraba hacia un punto indescifrable del *saloon*. Sobre su chaleco se veía brillar, extraña y siniestra, la estrella de latón negro.

—Pero no fue eso lo peor —susurró ella, bajando la cabeza—. En la escuela aún quedaba entonces una niña.

—¿Qué dices?

—Comprendí que se daría cuenta de todo, comprendí que su mentalidad iba a sufrir un golpe tan terrible que no llegaría a olvidarlo nunca. Entonces dije a Conan que consentiría en lo que fuese si la dejaba salir. Que no me hiciese nada a la fuerza delante de ella.

Will tenía los puños apretados sobre la mesa, y sus nudillos se habían vuelto blancos. Pero él no se daba cuenta.

—¿Qué dijo? —musitó.

—Ordenó a Ramiro que se encargase de la niña. «Que no se escape —decidió—. No le hagas nada, pero si esta mujer me engaña, la niña lo pagará». De modo que los dos desaparecimos. Yo incluso intenté sonreír para que la pequeña no notase nada, no sospechase nada. Y eso fue todo, Will. No tengo más que explicar. Lo que te contaron es cierto.

Los ojos de Will, que parecían los de un muerto, Erraron poco a poco en sus órbitas y se clavaron en los de la mujer. Elsa se dio cuenta de que aquellos ojos acerados, fríos, eran los de un asesino. Se dio cuenta de en los músculos de Will, en su mente, en su alma todo estaba dispuesto para matar.

Con voz ronca, él preguntó:

—¿A quién se parece… el niño?

—A mí.

—¿Qué sabe de su padre?

—Nada.

Los labios de Elsa se doblaron, como si fuera a romper en un sollozo, y haciendo un esfuerzo dijo:

—Te agradezco que te limitaras a desaparecer sin censurarme

nada, sin hacerme un reproche…, a pesar de lo qué te habían contado. Te agradezco también que no buscaras a Conan para matarlo.

Los labios de Will formaron una mueca.

—Te equivocas, muchacha. Lo he buscado por todo el Oeste. No era ésa la única cuenta pendiente que tenía con él.

—Pues ahora Conan está aquí.

—Lo sé.

—¿Qué vas a hacer?

—Él está en la cárcel, acusado de varios delitos, el menor de los cuales basta para enviarlo a la horca con tarjeta de recomendación especial. Y yo voy a ser el fiscal que le acusará durante el juicio.

—¿De veras, Will?

—Sí.

—¿Sabes que sus hombres intentarán acabar contigo?

—No soy manco.

—Will, nadie puede defenderse contra una bala que le viene por la espalda. Hombres muy hábiles con el revólver, como Jesse James y Bill Wild Hitchcock, cayeron atravesados por hombres a los que no veían. Tú no serás una excepción.

—Cambiemos de tema, ¿quieres?

Ella se mordió los labios.

En aquel momento llegó un mozo que había estado atendiendo otras mesas y les preguntó qué deseaba tomar.

—*Whisky* —dijo Will.

—Yo una copa pequeña de *brandy* —pidió Elsa.

Cuando el mozo se hubo retirado, Will susurró:

—Sí. Prefiero que cambiemos el tema de esta conversación, si no te importa. Ha sido una gran casualidad, una casualidad inmensa encontrarte aquí, Elsa. ¿Qué has venido a hacer a una ciudad como ésta?

—Tengo trabajo.

—¿Qué clase de trabajo? ¿Acaso algo relacionado con lo que estudiabas en Filadelfia?

—Sí.

Will intentó sonreír, y hasta lo consiguió a medias.

—Me gustaría saber qué es lo que te dio por estudiar allí, muchacha.

—Pues lo mismo que tú, Will. Se ve que tenemos unos gustos muy parecidos. Estudié leyes.

Apretó de repente una de las manos del hombre y pidió con voz cargada de angustia:

—Deja esto, Will. No quieras ser tú el que acuse a Conan. Márchate de la ciudad.

—¿Por qué?

—Márchate, te lo suplico.

Una repentina luz de sospecha apareció en los ojos del hombre. Ahora fue él quien apretó una de las manos de la mujer, y lo hizo con tal salvaje fuerza, que hasta produjeron un chasquido en sus huesos, pero la tensión era tan angustiosa que ninguno de los dos se dio cuenta.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó él, con voz ronca —. ¿Qué tiene que hacer en esta podrida ciudad Arkansas una mujer que ha estudiado leyes?

Ella cerró los ojos.

—La mismo que tú imaginas —dijo con un soplo de voz.

—Soy el abogado defensor de Conan.

CAPÍTULO IV

El juez dio tres mazazos sobre la mesa y anunció, con voz insegura:

—Queda abierto el juicio contra Fred Conan en nombre del Gobierno del estado de Arkansas. Comparezca el acusado.

Se abrió una puerta que estaba a la derecha de la tarima del juez, y apareció Conan entre dos guardianes. El acusado llevaba las manos atadas y sus guardianes empuñaban rifles, pero aun así hubiérase dicho que eran ellos los que tenían miedo a Conan y no al revés. En la sala había varios pistoleros que aplaudieron al ver llegar al acusado. Los miembros del jurado, encogidos y atónitos en sus asientos, se encogieron todavía más. Conan paseó sobre ellos una mirada lenta, minuciosa, que tuvo la virtud de helarles la sangre en las venas. Parecía él el acusador en lugar del acusado. Luego se sentó en el lugar que le indicaba uno de los guardianes, ante el juez.

Éste dio un nuevo mazazo a la mesa.

—¿Se llama usted Fred Conan? —preguntó al acusado.

—¿Cómo?

—Le pregunto si se llama usted Fred Conan.

—Averígüelo usted mismo.

Sonaron en la sala algunas carcajadas. El juez intentó salvar la situación con dignidad, aunque se puso rojo como la grana.

Miró a Elsa, la defensora de Conan.

—¿Reconoce usted a su defendido? ¿Se llama en realidad Fred Conan? —preguntó.

—No puedo contestar a una pregunta que quizá perjudique a esta defensa. Si lo primero que hay que demostrar es la identidad del acusado, para que no se produzca un terrible error, corresponde al fiscal aportar las pruebas y no a mí. Además, no he tenido aún

ocasión de hablar con el acusado, debido a que llegué ayer mismo a la ciudad.

Conan se puso en pie de un brinco al oír aquella voz.

No había visto a Elsa aún, y al encontrarla allí temblaron incluso sus labios. Ella iba vestida de negro, y sus ojos quietos y profundos miraban a Conan. Éste balbució:

—Tú…

Will, situado en el estrado frontero, a la izquierda del juez, se dio cuenta de que se había mordido salvajemente el labio inferior al notar resbalar sobre sus mandíbulas una gotita de sangre.

El juez dio un nuevo mazazo. Por lo visto no se le ocurría hacer otra cosa.

—El acusado no afirma ser Fred Conan —dijo mirando al fiscal —. Y por lo tanto, la primera cuestión con que nos encontramos, la cual confieso que yo no esperaba, es demostrar la identidad del hombre que se sienta en el banquillo. ¿Tiene el fiscal alguna prueba que acredite que este hombre es efectivamente Conan?

Will dijo, lentamente:

—Solicito que comparezca como testigo un hombre llamado Ramiro. Está en la sala.

Un tipo gigantesco, fuerte como un gorila, el cual tenía aspecto del Norte, a pesar de su apellido mexicano, se puso en pie, salió de los bancos de los espectadores, entre aplausos y palmadas a la espalda, y se dirigió al estrado de los testigos. Una vez allí, miró al fiscal y escupió ostentosamente al suelo.

—¿Por qué escupe? —preguntó el juez.

—Es que me duelen los pies y esto me alivia.

Sonaron otra vez carcajadas en la sala. El juez se dio cuenta de que no sólo tendría que absolver a Conan, sino que además iba a hacer un espantoso ridículo. El color rojo de sus facciones se transformó en un espectral color pálido.

Muy tranquilo, Will preguntó:

—¿Conoce usted al acusado?

Ramiro le miró.

—¿Yo? Ni idea.

Nuevas carcajadas.

—¿Quién tira mejor? ¿Usted o él? —preguntó Will, con mucha tranquilidad.

—Pues no sé. A este pobre hombre que se sienta aquí no le he visto tirar nunca.

—Puesto que Conan no está en la sala —dijo Will—, no tendrá usted inconveniente en reconocer conmigo que es un cobarde.

—¿Quéeeee?

—Un cobarde.

—¿Quién le ha dicho eso, mequetrefe? Porque Conan no lleva ahora revólver, si no le demostraría en seguida que…

Ramiro encajó las mandíbulas y calló al darse cuenta de que acababa de meter la pata con bota y todo.

—Propongo se dé por demostrado que el individuo que se sienta en el banquillo es Fred Conan —dijo Will—. Y solicito se interrogue al jurado sobre este punto.

El juez interrogó al presidente del jurado, un tipo grasiento a quien le temblaba la mandíbula. Éste miró a Conan con ojos suplicantes, y al fin terminó encogiéndose de hombros.

—¡Qué más da! —dijo.

El juez dio un nuevo mazazo.

—Queda probada la identidad del acusado —dijo—. Retírese el testigo.

Ramiro volvió a escupir de nuevo mirando a Will.

—No es más que un cochino cobarde —dijo—. ¡Sólo sabe hablar y hablar! ¡Le quisiera ver con el revólver, perro!

—¿Y por qué no? —sonrió tranquilamente Will.

—¿Es que se atreve a desafiarme?

Will le miró con ojos quietos y grises donde no se veía ningún sentimiento humano.

—Esta mañana he encargado tu ataúd, Ramiro —dijo lentamente—. Un enorme ataúd de madera curada, el más grande que he podido encontrar en la ciudad. No olvides darme tu apellido porque al encargar las iniciales resulta que sólo he podido indicar una letra.

Ramiro se llevó la mano al revólver y estuvo a punto de «sacar», pero Conan se lo impidió con un gesto.

—No seas idiota, no compliques las cosas. Hasta que me absuelvan tendrás que estarte quieto, ese ataúd será para él.

Ramiro mostró los dientes en una amplia sonrisa.

—Seguro, jefe.

Y se retiró lentamente sin dejar de mirar a Will. Pero ahora el silencio, un silencio espectral y extraño, ya se había hecho en la sala.

Todos se daban cuenta de que el juicio contra Conan no iba a ser un juego de niños. De que en el sitio del fiscal había un hombre, un auténtico pistolero, dispuesto a imponer la ley.

El juez tragó saliva.

—Les ruego moderación —dijo—. ¿He de recordaras que estamos en una sala de justicia? ¿A qué vienen esas referencias a la compra de ataúdes? ¿Qué hay entre el fiscal y el testigo?

Ramiro, que estaba a punto de llegar a su asiento, se volvió para decir:

—No lo sé. Lo que es a ese tipo, yo no le he visto en mi vida y guiñó el ojo a Elsa, que ocupaba el estrado del defensor.

Ella volvió la cabeza.

Se encontró entonces con los ojos de Conan, que la estaban mirando fijamente. Los ojos claros e inhumanos de Conan.

Éste sonrió. Su sonrisa fue cuadrada.

Will se dio cuenta de que había apretado los puños otra vez, y de que sus nudillos estaban blancos.

—Propongo se cite como testigo a Gustav Larsen —dijo Will—. Está en la sala.

Gustav Larsen era un sueco alto, flaco y desgarbado, cuya mandíbula inferior temblaba continuamente.

Miró con temor a Conan, que había clavado sus fríos ojos en él.

—¿Se llama Gustav Larsen? —preguntó el fiscal.

—¿Era usted cajero del National Bank en la ciudad de Van Burén, de este mismo estado, hace dieciocho meses?

La mandíbula del sueco empezó a temblar ahora de tal modo que parecía le hubiesen dado cuerda.

—Sí —respondió al fin.

—Explique al jurado lo que ocurrió el último día que usted trabajó en el National Bank.

—Pues… Bueno, yo no lo recuerdo muy bien. Hubo un atraco.

—¿Qué hicieron los atracadores?

—Llevaban una chica para escudarse por sí pasaba algo. Eran cuatro. Uno se quedó en la puerta y los otros tres nos amenazaron. Yo abrí enseguida la caja, pero como uno de mis ayudantes hizo un

gesto para protestar, los tres asaltantes empezaron a abrir fuego. Yo tuve la suerte de que una bala me rozara la cabeza, y entonces perdí el sentido. Pero los demás murieron. Supe más tarde que se habían llevado todo el contenido de la caja. Salvé la vida porque me consideraron muerto. De lo contrario me habrían liquidado también, como a los otros.

En la sala, después de estas palabras, se hizo un expectante silencio. Todos sabían que aquel delito, si se le probaba a Conan, acarreaba automáticamente la pena de muerte, por muy atemorizado que el jurado estuviese.

Will preguntó al testigo:

—¿Llevaban los atracadores el rostro cubierto por algún pañuelo o alguna máscara?

—No. Obraban con la mayor naturalidad, como si no temieran a nada ni a nadie.

Will señaló a Conan con el brazo extendido.

—¿Era este hombre el que dirigía a los atracadores? Conteste simplemente sí o no. ¡Rápido!

El sueco volvió la cabeza y miró a Conan.

Conan también le estaba mirando a él, pero sin miedo. Al contrario, la expresión de sus ojos claros parecía divertida. Incluso entreabrió los labios en una suave sonrisa.

—Vamos, hombre. Hable —invitó—. ¿Era yo aquel tipo que se parapetó detrás de una mujer para asaltar el Banco?

—No…, no lo sé.

Se oyó en la sala el crujido de los dientes de Will.

—¡Testigo! ¡Míreme!

Gustav volvió la cabeza, asustado. Se encontró con los ojos implacables, ojos de pistolero, de Will.

—¿No vio lo bastante bien a aquellos hombres? —rugió éste.

—Si…, sí…

—¿Y no reconoce a ése? ¿No reconoce precisamente al primero que empezó a disparar?

—Ya le he dicho que… una bala me rozó la cabeza. No me di cuenta de nada. Además, estaba muy nervioso.

—¡Es ahora cuando está nervioso! ¿Quién le ha amenazado para que no diga la verdad? ¿Qué le han dicho que iban a hacerle si reconocía a ese bicho que se sienta en el banquillo?

Elsa se puso en pie. Su poderoso busto, su deliciosa figura de mujer en su plenitud, se alzaron desafiantes.

—¡Protesto! Es el fiscal quien está amenazando ahora al testigo. ¡Y es él quien ha insultado a un hombre cuya culpabilidad no se ha probado todavía!

El juez, para evitarse complicaciones, dio un golpe con la maza. Aquello era lo único que hacía a gusto.

—Admitida la protesta. El fiscal deberá interrogar al testigo de una manera completamente distinta. Tampoco puede hacer alusión a que se le haya amenazado. De eso no…, no hay pruebas.

Ahora fue Will quien sintió ganas de escupir.

—Solicito que el testigo sea retirado —dijo Elsa—. Ya ha dicho todo lo que sabía.

—¿Es cierto? —preguntó el juez a Gustav.

El sueco movió la cabeza de arriba abajo, contento de poderse librar de aquella situación.

—Sí. Ya he dicho todo lo que sabía.

Fue a retirarse. Aquello significaba para Conan un triunfo, puesto que no se le había probado nada.

Pero en aquel momento una muchacha de unos quince años, que estaba entre el público, se puso en pie.

Iba vestida de negro de pies a la cabeza. Sus ojos resultaban trágicos. Tenía mirada de iluminada. Los largos cabellos, también negros, le caían sobre la frente y os hombros.

—¡Gustav es un cobarde! —gritó.

Hubo un revuelo en la sala. Todos los rostros se volvieron hacia la muchacha.

—¡Yo era la hermana de uno de los empleados de aquel Banco! —gritó frenéticamente ella—. ¡Yo vivía en Van Burén cuando aquellos sucesos tuvieron lugar! ¡Era la hermana del hombre que hizo aquel gesto, precisamente del que murió primero!

—Lo siento mucho —dijo Elsa—. Eso es muy lamentable, pero usted no vio lo que ocurría en el Banco.

—¡Vi salir a los pistoleros! ¡Ese hombre que está Conan, era el que los mandaba! ¡Los cañones de los revólveres humeaban aún!

Hubo un nuevo murmullo en la sala, y Conan palideció. Pero Elsa salió al paso.

—Esta mujer no ha sido citada —dijo—. Me niego, por lo tanto,

a que comparezca como testigo.

—La cito ahora —expuso Will.

—¡La cita cuando ella misma se ha ofrecido para declarar en contra del acusado! ¡O esto es una maniobra burda o el fiscal quiere aprovecharse de la casualidad! ¡De un modo u otro, no es legal lo que pide!

Todos los rostros se volvieron hacia el juez. Éste carraspeó y asió el mango de la maza.

—No, por favor —pidió Will—. La maza otra vez, no. Va a cargarse la mesa si continúa por ese camino.

El juez tuvo que soltar su artefacto y se acarició la mandíbula.

—La cuestión legal es algo complicada —dijo—. En teoría, y según nuestras leyes, el fiscal puede traer a juicio los testigos que quiera sin necesidad de citación previa. Pero en este caso, es el testigo el que se ha presentado espontáneamente, y eso le hace sospechoso. Creo que la cuestión, ¡hum!, merece meditarse.

Ahora sí que agarró la maza y del golpe hizo retemblar la mesa.

—¡Queda aplazado el juicio hasta mañana a esta misma hora!

Luego añadió:

—Ruego al fiscal y al defensor que comparezcan en mi despacho.

Conan soltó una carcajada, y sus pistoleros aplaudieron la decisión del juez. Uno de los agentes fue vaciando la sala mientras Will y Elsa pasaban al despacho.

El juez gruñó:

—¿Qué les pasa a ustedes dos? Se miran de una manera rara.

—No nos pasa nada —dijo Will.

—¿Se conocían?

Will encajó las mandíbulas.

—No.

—Pues están haciendo más difíciles las cosas —explicó el juez—. Ponen nervioso a todo el mundo. ¿Por qué demonios no se moderan? Bastante difícil es ya la cosa, ¿no creen?

Will masticó las palabras.

—Ha hecho mal en aplazar la declaración de aquella muchacha, juez. En realidad, la ha condenado a muerte. ¡Mañana ni Gustav ni ella existirán ya! ¡Los pistoleros de Conan se encargarán de eso!

El juez miró a Elsa, pero no dijo nada. Ahora tenía la cabeza

hundida sobre el pecho.

—Siento lo que ocurre —farfulló el juez—, pero deben comprender que tengo que asegurarme bien. Conan es todo un personaje. Si acepto pruebas que no sean muy concluyentes, puedo… Puedo acarrearme grandes complicaciones. Todo tiene que ser legal.

Will pareció escupir con asco la palabra.

—¡Legal!

Y sin mirar a nadie, salió del despacho.

CAPÍTULO V

Como Will había supuesto, aquella misma noche Conan dio la orden a sus hombres.

—¿Dónde vive ese imbécil de Gustav?

Los tres hombres que habían acudido a visitarle, uno de los cuales era Ramiro, se encogieron de hombros.

—No lo sabemos exactamente. El tipejo tiene miedo y es muy precavido. Antes vivía en un hotel, pero ahora duerme al raso todas las noches, y siempre en lugares distintos. Lo único que podemos asegurar es que cena en él *saloon* de Wondy.

—¿Estará esta noche allí?

—Seguro. Como todas las noches.

—Entonces, hay que eliminarle —decidió Conan—. Gustav es de esos tipejos que se ponen nerviosos y que acabará confesando lo que sea ante las preguntas del fiscal. Porque es seguro que mañana le interrogarán de nuevo. No puedo correr ese riesgo.

Ramiro, que se limpiaba las uñas con un cuchillo, miró a su jefe.

—¿Y… la chica?

—¿Dónde vive ella?

—En el hotel Arkansas. Acaba de llegar, por lo visto. A ésa sí que la tenemos bien segura.

—También hay que liquidarla. No puede comparecer mañana en el juicio.

—Lástima.

—¿Lástima por qué? —saltó Conan.

Ramiro enfundó el cuchillo mientras soltaba una risita.

—Ahora sólo tiene quince años y es una chiquilla, pero dentro de un par de años hubiera sido una belleza. Una belleza de esas morenas y agresivas, ¿eh? De las que le dominan a uno a poco que

se descuide. Así me gustan a mí, cuerno. Pero la pobrecita no llegará a cumplir los diecisiete años.

Conan se tendió en el camastro y se pasó la lengua por los labios. Como los tenía secos, echó un largo trago de la botella de *whisky* que sus amigos acababan de traerle. Carecía de libertad y no tenía a mano ninguna chica, pero fuera de eso, la verdad es que vivía como un rey.

—Y con ese fiscal, ¿qué hacemos? —preguntó Ramiro.

—Habrá que acabar con él.

—¿Esta noche?

—No. Sería una idiotez. Si hasta el propio fiscal muere, tal vez el gobernador tome cartas personales en el asunto. Pero a éste le liquidaremos en cuanto yo sea absuelto.

Ramiro se limpiaba ahora los dientes con las uñas.

—Tengo que advertirle una cosa, jefe. No sé si se ha fijado en un detalle de ese tipo.

—¿En cuál?

—La estrellita. La estrella negra.

—Sí, me he fijado.

—Llevando esa estrella ha liquidado… Bueno, se dice que a veinte hombres. Todos los dedos de las manos y todos los dedos de los pies. Ahora, a lo mejor, le da por liquidar a tantos fulanos como pelos tenga en la cabeza.

—No tengas miedo. Se la afeitaremos.

—No, jefe. Miedo yo no tengo. Con el revólver puede que sea más rápido que yo, pero si me lo echo delante con el cuchillo, no le va a quedar una tira de piel sana. Lo único que quiero decir es que con un tipo de esa categoría hay que tomar precauciones.

Conan se sentó en el camastro.

—¿Es que no te has dado cuenta?

—¿Darme cuenta de qué, jefe?

—Ese hombre me tiene miedo.

—Caray, tanto como eso…

Conan dirigió a su lugarteniente una mirada furibunda.

—¡Me tiene miedo! —aulló, mientras saltaba para aferrar los barrotes de la celda—. Si fuera un hombre valiente… Si de verdad resultara tan bravo como presume ser, no se escudaría detrás de su tarima de fiscal. Esperaría a que me absolviesen, y entonces, cuando

yo estuviese en la calle, me pegaría cuatro tiros. ¡Así, así es como obraría un hombre que no tiene miedo! Pero al fulano le tiene sobre ascuas pensar que puede enfrentarse conmigo. Sabe que soy más rápido que él.

Ramiro se dio una palmada en el muslo.

—¡Demonios, pues es verdad! Si ese buitre tuviera un poco de valor, obraría de otro modo.

—De todas maneras, le liquidaremos —dijo Conan—. Por descontado, de ese trabajo quiero encargarme yo. Esta noche habéis de ocuparos sin falta de Gustav y de la chica.

Ramiro dijo:

—Claro que sí, jefe. Yo mismo dirigiré los dos trabajos. ¿Pero se ha dado cuenta, jefe? Éste es el proceso de los misterios. ¡Quién esperaba que le defendiera precisamente ella!

Conan entrecerró los ojos. Por ellos pasó como una lucecita viciosa, maligna.

—Lo que yo no sabía es que hubiera estudiado leyes —murmuró —. Pero lo demás no me extraña.

—¿Por qué?

—Porque aún está enamorada de mí.

Ramiro y los otros hombres contemplaron a su jefe con envidia.

—Usted no sabía que ella iba a defenderle, ¿verdad?

—No. Simplemente yo pedí a una firma de abogados de Filadelfia que me enviaran a alguien. Por lo visto, ella estaba en contacto con esa firma y pidió venir ¡Yo que empezaba a pensar que ya no se presentaría nadie!

Ramiro preguntó envidiosamente:

—Por lo visto la domó bien aquel anochecer, ¿eh, jefe?

—No hay mujer que me olvide después de conocerme.

—Pues yo he oído decir, no sé cómo ni dónde… ¡porque uno oye decir tantas cosas…, que ella había tenido un hijo!

Conan levantó la cabeza con interés.

—¿Un hijo mío?

—Pues sí, claro.

El pistolero pareció reflexionar durante unos momentos y luego se encogió de hombros.

—Puede que sea así, pero no lo creo… En fin, ¿y qué importa? Ella está enamorada de mí y se ha vuelto más… —Hizo un gesto

expresivo—, más mujer. Cuando esto termine me la llevaré conmigo una temporada. Estará contenta.

Los tres hombres lanzaron al unísono una carcajada.

—Y ahora hay que largarse —dijo Conan—. No olvidéis traerme mañana algunas postales de chicas y más periódicos. Las horas aquí se hacen muy aburridas. Y que esta misma noche queden resueltos vuestros trabajos, ¿eh? Si lo hacéis bien, mañana mismo puede quedar terminado el juicio.

—Descuide, jefe —dijo Ramiro.

Salieron los tres.

En la oficina del *sheriff* había ahora cuatro guardianes, todos con sus rifles descansando sobre las piernas. A pesar de su jactancia, Ramiro tuvo que mirar con respeto aquellos cacharros marca «Sharp», grueso calibre, una de cuyas balas era capaz de hacer estallar en siete pedazos una cabeza.

—¿Queréis vuestros revólveres? —preguntó el de la placa.

—¡Claro!

—Ahí están.

Señaló con el mentón el perchero donde los tres visitantes habían sido obligados a colgar sus armas.

—Y cuidadito, ¿eh?

—¿Por qué lo dice? Si nosotros somos buenos chicos, *sheriff*.

Los tres lanzaron una carcajada que duró todo el tiempo que estuvieron ciñéndose los cintos.

Luego salieron a la calle.

Allí sus expresiones cambiaron.

Volvieron a ser las expresiones de tres asesinos profesionales, de tres hombres que habían nacido para matar.

—A los caballos —dijo Ramiro.

Montaron, echaron un vistazo a sus cilindros y avanzaron en grupo por el centro de la calle.

Los cascos de sus caballos levantaban un polvo levemente dorado. Se sentían el centro de todas las miradas.

Al fondo de la calle estaba el *saloon* donde cenaba Gustav. Precisamente vieron a éste salir y dirigirse hacia el campo.

Seguro que iba a buscar algún sitio oculto donde pasar la noche sin que nadie le descubriese.

Era la oportunidad.

Ramiro gritó:

—¡Al galopeeee!

Los tres hombres clavaron espuelas hasta el fondo y los animales relincharon. Segundos después se lanzaron a un rabioso galope por el centro de la calle, en dirección a Gustav.

Éste volvió la cabeza y les vio venir.

—¡Yo no he hablado! —aulló—. ¡He dicho que no conocía a nadie! ¡Vosotros lo sabéis! ¡Lo sab…!

No pudo decir más.

Ramiro lanzó el lazo y le cazó.

Gustav fue arrastrado unos metros por el galope de los caballos, que lo rebasaron al instante. Los tres hombres se volvieron y manejaron las armas con mortal precisión. En menos de seis segundos, Gustav recibió seis balazos.

Luego, Ramiro pegó un balazo a la cuerda que él mismo sujetaba y la partió. El cadáver del sueco fue quedando atrás, envuelto en una nube de sangre y polvo.

—Ha habido suerte —dijo Ramiro—. Habría sido fastidioso tenerle que sacar del *saloon*.

—Nos ha visto media ciudad —dijo otro.

—Mejor.

Cabalgaron unos minutos por la llanura, hasta desfogar a sus caballos, y luego volvieron grupas. No había terminado el trabajo en la ciudad.

—Entraremos en Fayetteville por otro sitio —decidió Ramiro—. Hemos de aparecer justo enfrente del hotel Arkansas.

—Bien.

Fueron al paso, y bruscamente doblaron luego por una calle lateral. Al irrumpir de nuevo en la vía principal de la ciudad, lo hicieron enfrente de un edificio de madera color amarillo, en cuyo rótulo se leía en letras rojas: Hotel Arkansas.

Ramiro destacó a uno de sus hombres.

—Hazlo tú. La chica está en la habitación 13. Buen número, ¿eh? Liquídala pronto.

—De acuerdo.

El designado como verdugo desmontó y los otros dos siguieron a caballo. La gente se había apartado instintivamente de ellos y ya no se veía a nadie en los porches cercanos. Tampoco el conserje del

hotel hizo una sola pregunta. Ramiro sonrió un poco hastiado al darse cuenta de que iba a ser un trabajo repugnantemente fácil.

Bostezó.

Y de pronto su bostezo quedó cortado en seco. Había oído sobre su cabeza un ruido de cristales rotos.

Una de las ventanas del primer piso acababa de romperse, y por ella salía despedido Jules, el hombre a quien él había designado para liquidar a la muchacha.

Jules cayó justamente ante las patas del caballo de Ramiro. Tuvo un espasmo agónico, lanzó un grito y no se movió más.

Ramiro le miró con ojos desorbitados.

Porque Jules tenía el cuello segado por un horrible tajo de cuchillo.

CAPÍTULO VI

Ramiro alzó los ojos, atónito, hacia la ventana que acababa de romperse, y vio que por ella asomaba un hombre bien vestido, sobre cuyo chaleco relucía una estrella negra.

En su mano derecha aquel hombre llevaba una navaja de afeitar completamente tinta en sangre.

—¿Le afeito, señor? —preguntó.

Ramiro estaba tan asombrado que abrió y cerró la boca dos veces. Sus mandíbulas resonaron como un tambor…

—¿Qué hace ahí? —Logró farfullar.

—¿No me conoce? Soy Will, un gran amigo suyo. ¡Si hasta le he comprado un ataúd para que pueda morir tranquilo! Pero ¿no quiere que le afeite antes?

El tipo que estaba junto a Ramiro tenía la mano sobre el revólver. Se decidió.

Había visto que Will tenía la mano derecha ocupada con la navaja, y pensó que eso le daba una ventaja decisiva. Claro que aquel tipo ignoraba que Will era zurdo.

Cuando logró extraer el revólver, vio que aparecía de pronto la mano izquierda de Will. Aquella mano izquierda tenía ya un «Colt» engarfiado. Fue lo último que vio el pistolero.

Apenas medio segundo después, su cabeza ya había volado en dos pedazos.

Ramiro quedó atónito, babeante, viéndose sólo en medio de la calle. Aún era incapaz de comprender que sus dos amigos pudieran estar muertos.

—¿Y qué hay de ese afeitado, señor? —preguntó Will desde arriba—. No se deje impresionar porque a su compañero yo le haya hecho algún corte. Con usted prometo realizar un trabajo mucho

más fino.

Ramiro inhaló aire, y poco a poco, en su cabezota entró una idea consoladora. Aquel fulano era tan imbécil que no le desafiaba a revólver, en lo que tendría todas las ventajas, sino con arma blanca. Puestos en este terreno, Ramiro se sabía invencible.

—Bueno, acepto el afeitado —dijo.

Se sentía seguro y fuerte, pero aun así no pudo evitar un estremecimiento al ver saltar a su enemigo desde la ventana del primer piso, plantando sólidamente sus pies en el polvo de la calle.

Ramiro intentó entonces una treta cobarde, que fue lanzar su caballo sobre el enemigo para aplastarlo contra la barra del amarradero.

Pero Will no se dejó sorprender. Esperaba algo parecido, y por eso se ladeó cuando el caballo avanzaba El animal se dio un golpe contra la barra, aunque sin herirse, y Ramiro estuvo a punto de perder el equilibrio.

Estaba ahora en posición desfavorable ante su enemigo, que no tuvo ningún trabajo en sujetarlo de una pierna y tirar de ella. Ramiro quedó desestribado y cayó aparatosamente al suelo, levantando una nube de polvo.

Pero como si le hubiera movido un resorte, se puso en pie.

Era admirable la agilidad de aquel gigante que pasaba de los cien kilos, y que, sin embargo, se movía como un auténtico peso ligero.

Los dos hombres quedaron frente a frente, con las piernas abiertas y el busto inclinado hacia adelante. Will tenía en la mano la navaja de afeitar. Ramiro todavía nada.

—Si sientes tentaciones de tocar el revólver, creyéndome desprevenido, será mucho peor para ti —advirtió Will—. Voy a pelear en el terreno en que tienes más ventajas, pero al final el resultado será el mismo. Si a tu compañero le he hecho un corte en la garganta, a ti te lo voy a hacer de oreja a oreja. ¡Vamos, cerdo! ¡Muévete!

A pesar del insulto, Ramiro no se movió. El mismo reconocía que estaba muy nervioso, y para luchar con arma blanca hay que estar sereno. Trató de ganar tiempo para tranquilizarse.

—¿Es que estabas en la habitación de la chica? —preguntó.

—Sí.

—¿Con ella?

—Sólo por esa pregunta, Ramiro, voy a hacer que el tajo sea más profundo. Yo estaba en la habitación solo.

Después del juicio me he dado cuenta de lo que preparabais y he enviado a la chica a otro hotel. Yo he esperado en la habitación vuestra llegada. También he pedido al *sheriff* que protegiera a Gustav, ya que yo no podía estar en dos sitios a la vez, pero por lo visto no ha hecho las cosas demasiado bien. Gustav está muerto, ¿no?

—¡Como lo estarás tú dentro de un par de minutos!

—Y tú, cariño mío. ¿No sabes que eres ya el dueño del ataúd más grande de todo Arkansas? ¿No te emociona eso?

La referencia al ataúd hizo saltar los nervios de Ramiro.

Desenfundó su cuchillo, un terrible cacharro para desollar reses, y saltó de costado para sorprender a su enemigo.

Will no se movió.

Sostenía la navaja con sólo dos dedos, con una increíble suavidad, igual que sí, en efecto, fuese a afeitar a alguien.

Paso a paso, muy poco a poco, fue acercándose a Ramiro.

Éste susurró:

—¡Voy a…!

—¿Qué, cariño?

Ramiro lanzó un golpe, inclinándose hacia adelante, y rozó la levita de Will. Pero éste esquivó con una increíble suavidad, moviendo un poco los pies como en un paso de baile. Su mano derecha hizo brillar la navaja, que iba al encuentro de la cara de Ramiro. Suavemente le abrió toda una mejilla, desde la frente, haciéndole lanzar un aullido.

Y ahora Will cambió la navaja de mano, pasándola a la izquierda y cambiando también de guardia. Ramiro, entre el dolor y la sorpresa, quedó completamente desorientado.

Fue lo bastante imbécil como para atacar en aquellas circunstancias. Locamente, zigzagueando con su cuchillo, buscó el cuerpo de su enemigo. Pero éste retrocedía con suavidad, sin precipitarse, moviendo un pie y luego otro igual que en un baile. Para que Ramiro no pudiera lanzarse a fondo y atraparle desprevenido hacía también pasear la navaja por delante de sus ojos, como una constante amenaza.

Ramiro aulló:

—¡Muere!

Estaba seguro de haber acorralado a su enemigo, pues éste se encontraba ya al otro lado de la calle, junto al amarradero. Si ahora se lanzaba a fondo… Lo hizo, y Will se apartó. Ramiro chocó como un toro contra la barra, y cuando volvió la cabeza, enloquecido, se encontró con la navaja.

Will le hizo un corte en la frente, y la sangre, al manar, dejó ciego al gigante.

Mientras Ramiro retrocedía, lanzando maldiciones, él avanzó. Los movimientos de la navaja seguían siendo suaves. Ahora fue Ramiro el que llegó tambaleándose al otro lado de la calle.

Ahora daba golpes de ciego. Sabía que iba a morir.

—¿Por qué vas a matarme? —farfulló.

—Para darte las gracias por la única vez que pusiste los pies en una escuela.

Will lanzó el golpe definitivo y abrió la garganta de su adversario, segándole la aorta y dejándole en condiciones de ir al Más Allá sin una gota de sangre en el cuerpo.

Luego arrojó la navaja al polvo, volvió la espalda y penetró en el hotel nuevamente.

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente se notaba un ambiente muy especial en la sala donde iba a celebrarse la segunda sesión del juicio.

Lo primero que se advertía era que entre los espectadores faltaba Ramiro, cuya estatura gigantesca se había hecho notar durante la sesión anterior. También era fácil darse cuenta de que Conan se sentía mucho menos seguro, y de que incluso temblaban sus manos. Por otra parte, Will estaba muy tranquilo, mucho más que el día anterior.

El juez, como de costumbre, atizó un mazazo a la mesa.

—¡Se abre la segunda sesión del juicio contra Fred Conan! El fiscal tiene la palabra.

Will dijo con suavidad:

—Solicito que sea traído a la sala nuevamente el testigo llamado Gustav.

Uno de los agentes del *sheriff* se levantó y dijo algo al oído del juez. Éste quedó pálido, y no volvió el color a su rostro hasta que hubo atizado otros dos mazazos a la mesa.

—Se me informa de que el testigo Gustav murió anoche de forma accidental —dijo.

—Lamento mucho que no pueda comparecer, porque sus nuevas declaraciones hubieran podido ser de la mayor importancia. En su lugar pido comparezca la muchacha por cuya causa suspendimos ayer el juicio. Su nombre es Nora Lindsay.

—Que comparezca Nora Lindsay —decidió el juez.

Se abrió una puerta, cerca del estrado de los testigos, y apareció la muchacha vestida de luto. Le temblaban los labios y su rostro estaba intensamente pálido.

—¿Se llama Nora Lindsay? —preguntó el juez.

—Sí.

—¿Tiene alguna fe religiosa?

—Creo en Dios.

—¿Jura por Dios decir verdad a todo lo que se le pregunte?

—Lo juro.

—Conteste a las preguntas del señor fiscal.

Will dijo:

—No la molestaré demasiado tiempo. Diga sencillamente Si usted vio salir a los asaltantes después del atraco al National Bank, en la ciudad de Van Burén, y en cuyo suceso encontró la muerte un hermano de usted.

—Les vi.

—¿Reconocería al hombre que les mandaba?

—Sí.

—¿Se encuentra en la sala?

—Sí.

—¿Quiere tener la bondad de señalarlo?

Nora Lindsay volvió la cabeza, y sus labios temblaron con más intensidad. Sin duda tenía presente la muerte de Gustav y la que sólo por un milagro dejó de sufrir ella. Pero se rehízo, y con un gesto de energía extendió el brazo y señaló directamente a Fred Conan.

—Es éste.

—¿Está segura?

—Segura.

—¿Llevaban los revólveres en la mano y todavía humeaban?

—Sí.

Will miró al juez.

—Nada más. Dejo a la testigo a disposición de la defensa.

Aunque hubiera querido evitarlo, Will tuvo que clavar entonces sus ojos en Elsa. Ella también estaba pálida y también sus labios temblaban ligeramente, pero seguía tan hermosa y tentadora como cuando él la vio de nuevo. La mujer miró a la testigo.

Inició entonces una maniobra desesperada, tratando de sembrar la duda en los miembros del jurado.

—¿Dice usted que vio salir a un grupo de hombres del National Bank, de Van Burén, y que el acusado iba con ellos y parecía mandarlos?

—Sí.

—Entonces reflexione bien sobre lo que va a contestarme ahora, porque es de la mayor importancia: ¿Vio usted a esos hombres cometer el atraco?

Nora Lindsay se mordió el labio inferior.

—No. Claro que no.

—Siga reflexionando bien. ¿No cabe la posibilidad de que esos hombres estuvieran en el Banco por otro motivo y salieran de allí poco antes de que los otros (me refiero a otros hombres desconocidos), cometieran el atraco?

La pregunta era de la mayor importancia, y por eso todos los miembros del jurado aguzaron el oído. Incluso el juez inclinó la cabeza para oír mejor. Pero Nora Lindsay, la testigo, no cayó en la trampa que llevaba consigo aquella pregunta.

—Eso es imposible —dijo—. Los disparos en el interior del Banco fueron casi simultáneos con la salida de esos hombres, que además llevaban en las manos revólveres humeantes cuando salieron. Y no sólo eso: Dispararon repetidamente hacia el interior del Banco. Si ellos no eran los atracadores, es que yo ya me he vuelto loca.

La respuesta de la testigo había sido tan precisa y concreta que toda la argumentación de la defensa para sembrar la duda había caído por tierra. Incluso parecía haber sido contraproducente interrogar a aquella testigo que tan mal dispuesta estaba contra Conan y que además sabía tantas cosas. Era una equivocación de la defensa, y Conan miró a Elsa con rabia, mientras un sordo rumor se extendía por la sala.

La testigo preguntó:

—¿Puedo retirarme?

—¡Oh, no! Por favor, quédese —pidió Elsa, con una sonrisa.

Todos los rostros se volvieron hacia ella.

—No he terminado aún. Por el contrario, pido a la testigo siga reflexionando bien sobre lo que contesta. Imaginemos que esos hombres, a los cuales mandaba el acusado, entraron en el Banco para realizar una operación legal, encontrándose allí con los atracadores. En su opinión, ¿qué harían en tales circunstancias unos hombres violentos y bien armados? ¿No saldrían a toda prisa del Banco, disparando contra los atracadores que habían quedado

dentro?

Nora Lindsay irguió la cabeza, sorprendida, mientras Will, sorprendido también, volvía la cabeza hacia Elsa.

¡Diablos! Elsa estaba demostrando que era tan hábil como él. Aquélla había sido una jugada maestra. Y lo comprendió cuando un sordo rumor de expectación se extendió por la sala nuevamente.

Nora parecía confusa.

—Conteste —exigió Elsa.

—Pues, sí. Es posible —dijo—. Pero no lo creo.

—Suplico al jurado —pidió rápidamente Elsa— no tengan en cuenta esas palabras «no lo creo», que representan una simple opinión personal de la testigo. Es lógico que ella desee la muerte de Fred Conan y haga todo lo posible por lograrla, teniendo en cuenta que en aquel atraco murió su hermano, y en tales circunstancias uno siempre quiere que alguien cargue con la culpa, sea quien sea. El jurado simplemente debe tener en cuenta que la testigo admite que el acusado y sus amigos pudieron muy bien salir disparando contra unos atracadores desconocidos que estaban ya dentro del Banco. ¿No es así, señor juez?

Esta última pregunta también era hábil, pues de este modo Elsa se adelantaba a cualquier objeción del fiscal.

—Sí, así es, en efecto —dijo el juez—. El jurado no debe tener en cuenta las creencias personales de la testigo.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó Nora Lindsay—. ¡Se está dando por supuesto que allí dentro había otros hombres, y eso no puede ser! ¡Yo estaba enfrente del Banco y les hubiera visto!

—La testigo debe limitarse a contestar a lo que le pregunten —dijo rápidamente el juez.

Pero Elsa remató mejor su maniobra mostrándose comprensiva y condescendiente con Nora Lindsay.

—No, no… No tengo ningún inconveniente en que hable. Lo que pretendemos aquí precisamente es que se aclare la verdad. Ella dice que estaba frente al Banco y que, si los atracadores hubiesen sido otros, les habría visto entrar. Muy bien, permita ahora la testigo que le haga una pregunta: ¿Cuántas puertas tenía aquel edificio del National Bank de la ciudad de Van Burén?

—No lo sé.

—Su hermano trabajaba allí y usted habría ido a verle algunas

veces. ¿Insiste en que no sabe cuántas puertas tenía el edificio?

Nora no contestó.

—¿Dónde estaba el despacho del jefe? —preguntó Elsa.

—Junto a la entrada. Y tenía un panel de rejilla para ver todo el que entraba y salía.

—Cuando usted quería dar algún recado a su hermano o simplemente llevarle algo de comer sin que el jefe se enterara, ¿qué hacía?

Nora Lindsay se mordió el labio inferior. Pareció recordar que estaba declarando bajo juramento.

—Entraba por la puerta trasera —dijo al fin, mientras hundía la barbilla sobre el pecho.

Un sordo rumor se extendió rápidamente por la sala y hasta el propio Conan se puso en pie con ademán de triunfo. El juez tuvo que atizar varios mazazos (lo cual hizo con mucho gusto) para que el rumor cesara.

Will se mordió el labio inferior.

Se daba perfecta cuenta de que no había adelantado un solo paso. Todos sus esfuerzos de la noche anterior no habían servido para nada, y Conan seguía teniendo las de ganar. Ahora existía en los miembros del jurado un principio de duda acerca de si los atracadores fueron realmente los hombres de Conan u otros que entraron por la puerta trasera y estaban ya en el Banco cuando Conan puso los pies en él. Y todo lo que aquella pandilla de cobardes necesitaba era eso: una duda. Con sólo una duda absolvían a Conan, se libraban de un grave compromiso y tenían, además, la conciencia tranquila. No cabía duda de que Elsa estaba jugando sus cartas bien.

El juez preguntó:

—¿Puede retirarse la testigo o desean hacerle nuevas preguntas?

—Ninguna —dijo Elsa.

—Ninguna —farfulló Will.

—¡Retírese la testigo!

Nora Lindsay marchó del estrado con lágrimas en los ojos.

—¿Qué nuevos cargos presenta contra el acusado? —preguntó el juez a Will.

El fiscal tragó saliva.

—Una mujer fue ultrajada por éste —dijo lentamente—. Delito

que también figura en el pliego de cargos contra el acusado, y por el cual debo solicitar pena de muerte, según las leyes de este Estado. Cuando me dirigía a esta ciudad conocí a la mujer y he conseguido que se presentara. Está aquí y solicito que sea llamada a declarar. Se llama Betty Hunt.

Hubo un nuevo rumor en la sala.

—Que comparezca Betty Hunt —pidió el juez.

Nuevamente se abrió la puertecilla que estaba cerca del estrado de los testigos y apareció una mujer.

Ésta debía tener unos veinte años y era alta, rubia y espléndidamente formada. No se atrevió a mirar al acusado y fue sin decir una palabra al estrado de los testigos. Conan se removió inquieto en su asiento, mientras Elsa cerraba por un momento los ojos.

El juez hizo las preguntas de ritual y a continuación añadió, mirando a Will:

—La testigo queda a disposición del fiscal. Hágale las preguntas que desee.

—La índole de las preguntas que he de hacer —dijo Will— es de tal naturaleza, que la testigo se avergonzaría si fueran escuchadas por cualquier persona. Debido a ello, pido que se desaloje la sala y que en ella queden aquellas personas cuya presencia sea indispensable para la celebración del juicio.

El juez comprendió que no tenía más remedio que acceder. Se lió a mazazos y a gritos y así pudo conseguir que los alguaciles desalojasen la sala. Todos los miembros del público se pusieron a despotricar contra Will.

—¡Imbécil!

—¿Pero qué te crees que es el Oeste?

—¡Si aquí lo sabemos todo!

Al fin los asientos del público quedaron vacíos. Will vio que Elsa estaba intensamente pálida, pues el delito que iba a debatirse allí era aproximadamente el mismo que ella había sufrido. Will se preguntó si la mujer tendría valor para seguir defendiendo a Conan.

—¿Conoce usted al acusado? —preguntó a la testigo.

Los ojos azules de ésta se posaron en Conan por primera vez. Dio la sensación de que le miraba desde infinitamente lejos.

—Sí.

—¿En qué circunstancias le conoció?

—Yo viajaba con mis padres en una caravana y ésta fue asaltada por los indios. Conseguí escapar y vagué por el desierto durante dos días. Entonces conocí al acusado, que viajaba en compañía de dos hombres más.

—¿Qué hicieron?

—Me dieron de beber, y uno de los hombres dijo que yo era muy hermosa.

—¿Qué contestó el acusado?

—Que… que estaba muy sucia y que convenía esperar.

—¿Adónde la llevaron entonces?

—A la ciudad de Tulsa, en Oklahoma. Todo esto había ocurrido bordeando las fronteras de los dos estados.

—Tulsa es una hermosa ciudad —comentó Will.

—Bueno, de hermosa no tiene nada, pero al menos es grande. Me sentí tranquila, porque durante todo el camino ellos no habían hecho más que mirarme. Me llevaron a un hotel, me bañé, me dieron una suculenta comida y por un periódico me enteré de que los indios que nos atacaron eran fugitivos de una reserva, y que habían sido capturados todos. Di las gracias a Conan y le pedí que me dejaran marchar en la primera diligencia, puesto que ya nada tenía que hacer allí. Eso sucedió en mi habitación del hotel. Me extrañó que los tres rieran y que empezasen a hablar del precio que les habían costado los vestidos que yo llevaba. Uno de ellos se puso a mi espalda, sin que yo me diera cuenta, y me amordazó.

La voz de la mujer parecía a punto de romperse por los sollozos. Los miembros del jurado estaban lívidos Elsa tenía los ojos cerrados y Will sentía que unas gotitas de sudor frío habían nacido en sus sienes.

—¿Quién era el hombre que la amordazó? —preguntó suavemente.

—Un tipo alto… Muy alto… Casi un gigante. No recuerdo exactamente cómo le llamaban, pero sé que su nombre empezaba por R.

—¿No sería posible que ese hombre se presentara aquí para confirmar las palabras de la testigo? —preguntó Elsa, en voz baja.

Will se volvió hacia ella.

—Lo lamento… Lo lamento mucho. Ese hombre se llama…,

¡ejem…!, se llamaba Ramiro y está ausente de la ciudad. Lamento tener que informar al jurado que es posible que no aparezca por aquí en mucho tiempo.

El juez se dio cuenta de que Betty, la testigo, estaba llorando. Quiso abreviar todo lo posible.

—Ruego explique lo que sucedió a continuación.

Ella lo hizo. Lo dijo todo entre sollozos y estremecimientos que sacudían su cuerpo, sin mirar al acusado ni una sola vez. Éste estaba lívido, pues sabía que aquella declaración sí que impresionaba de verdad al jurado. La mayor parte de sus miembros eran hombres que votarían sin piedad contra él. Para no hablar de las dos únicas mujeres miembros del jurado, que le miraban con ojos titilantes de odio. Si en aquel momento llega a estar la horca allí, las dos se hubieran ofrecido como verdugos.

Cuando la mujer terminó de hablar, una atmósfera pesada y densa pareció caer sobre la sala.

El juez dijo con un soplo de voz:

—Pregunte la defensa.

Elsa no podía abrir los ojos. Le temblaban las manos y hasta sus labios estaban blancos.

—Sólo voy a pedir a la testigo que jure que es cierto cuanto ha dicho —balbució—. Sólo eso.

—Jure —pidió el juez.

Aparentemente esto era muy fácil, pero la testigo ya no dominaba sus nervios. Ahora, después del esfuerzo que había tenido que hacer para contar todo aquello y rememorar los horribles sucesos, estaba al borde del ataque de histeria. Se estremecía convulsamente, era incapaz de alzar la cabeza y ni siquiera podía abrir la boca.

—Diga sencillamente: «Sí, juro» —pidió el juez—, si todo lo que usted ha dicho es cierto.

Will quiso ayudar a Betty.

—La testigo ya está bajo juramento —expuso—. ¿Qué necesidad hay de que ahora vuelva a prestarlo?

El juez alzó la cara al techo.

—¡Toma, pues es verdad!

Sacó de uno de los cajones de la mesa una botella de *whisky* y la mostró a los miembros del jurado.

—Está comprada legalmente en la tienda de Sam Burness —dijo —. Y ya que el señor fiscal ha sido tan amable de pedir que se desalojara la sala y esto quedará entre nosotros, ¿permiten que eche un trago?

Los miembros del jurado emitieron gruñidos, y sólo una de las mujeres que lo formaban protestó:

—¡Borracho! ¡Sinvergüenza! ¡Ya se lo explicaré a tu mujer en cuanto salgamos de esta sala!

El juez se atizó dos tragos en vez de uno. Luego fue a buscar la maza, pero no la encontró.

Se le había caído debajo de la mesa.

Mientras tanto, la tensión en la sala seguía siendo extraordinaria. La testigo sollozaba con sollozos entrecortados y breves.

—Insisto en que jure —musitó Elsa—. El juramento que se pide a un testigo antes de empezar el interrogatorio es una cosa ritual y a la que no todo el mundo da la debida importancia. Pero en este caso, de las palabras pronunciadas por la mujer que está en el estrado de los testigos puede surgir para el acusado una condena a muerte. Por ello pido que sus palabras sean reforzadas por un juramento. Ruego al juez que insista.

El juez insistió, pero era evidente que la testigo apenas podía abrir la boca. Lo normal era que tuviera que sacarla en brazos si continuaba mucho más tiempo allí.

Por eso el juez decidió:

—Ya jurará mañana. ¡Se levanta la sesión!

Todos los jurados se pusieron en pie, y Conan exhaló un largo suspiro de alivio.

Will también se puso en pie.

Tenía la boca espantosamente seca.

CAPÍTULO VIII

Conan paseaba nervioso de un lado a otro de la celda. Esta vez no había probado ni siquiera la cena traída por sus hombres. No había leído los periódicos y una colección completa de fotos de señoritas yacía olvidada en el suelo, junto a sus botas recién lustradas.

Los hombres que estaban ante él, al otro lado de la reja, eran cuatro.

—¿Qué pasó con Ramiro? —preguntó nerviosamente Conan.

—Ese tipo…, Will, se lo cargó.

—Debí comprender que Ramiro no tenía inteligencia. ¡El muy imbécil! ¡Enfrentarse a revólver con un fulano que ha matado a veinte hombres a golpes de gatillo!

—Oiga, jefe…

—¿Qué?

—A Ramiro no le mataron con revólver.

—¿Cómo, entonces?

—Se lo cargó con arma blanca. Con una navaja de afeitar.

Conan quedó lívido y se llevó la mano al cuello, como si sintiera allí el frío de la hoja.

—¿Es posible?

—Lamento que no hubiera podido ver el cadáver del pobrecillo, jefe. Quedó como un pajarito. El afeitado era de oreja a oreja.

El tono lívido de la piel de Conan se acentuó.

—De todos modos, aún quedamos otros muchos… —dijo uno de sus hombres para intentar animarle—. Somos unos diez y estamos dispuestos a lo que sea. Ese imbécil de Will no se saldrá con la suya.

—¡Tiene miedo! —dijo Conan, roncamente—. ¡Tiene miedo de enfrentarse conmigo porque sabe que soy más rápido, y por eso espera que otros me maten! ¡El muy cobarde!

Se aferró a los barrotes de la celda, intentando zarandearlos, y luego se fue serenando poco a poco.

—Para quedar libre es necesario que esa mujer, Betty, no jure mañana. He notado que los miembros del jurado están dispuestos a creerla. Se hace completamente necesario eliminarla esta misma noche.

—Pero, Conan —suspiró uno de sus hombres—, si eso sucede será como una acusación contra usted. Los miembros del jurado se darán cuenta de que eliminamos a todos los testigos.

—¡Que se den cuenta de lo que quieran! —bramó Conan, en un acceso de furor—. Precisamente lo que deseo es que se den por enterados de que no se puede jugar conmigo. Quiero que sepan que el que vote la última pena morirá también. Se olvidarán muy gustosamente del fin de una mujer llamada Betty si saben que lo que está en juego es su propia piel.

Los pistoleros asintieron con lentas cabezadas.

—Muy bien, jefe —susurró uno de ellos—. Pero no grite tanto porque van a oírle hasta los hombres del *sheriff*.

—Tampoco ellos quieren comprometerse. Me permiten recibir sin testigos todas las visitas que me da la gana.

—Entonces, nuestros únicos enemigos son el fiscal y esa muchacha llamada Betty —dijo otro.

—Exacto, pero contra el fiscal no podéis intentar nada todavía. Os advertí que su muerte podría llamar la atención del propio gobernador, y eso no me conviene. Cuando todo termine será distinto, porque le mataré yo mismo. ¡Quiero verle temblar ante mi revólver! ¡Quiero verle temblar como una rata!

Volvió a sujetarse furiosamente a los barrotes de la celda.

—¿Cómo liquidamos a Betty? —preguntó suavemente uno de sus hombres—. Will estará sobre aviso. Lo estaba anoche ya, y entonces las cosas no eran tan graves como ahora.

—Tenéis que actuar los diez a la vez.

—De acuerdo, jefe.

—¿Dónde está Betty?

—Se ha ido de la ciudad, fingiendo desaparecer, pero por un confidente sabemos que ha vuelto. Lo que pretendía era que la buscásemos inútilmente por la pradera y perdiéramos el tiempo. Sabemos que se ocultará hasta mañana en un lugar de lo más

insospechado.

—¿Dónde?

—En una cuadra.

Brillaron los ojos de Conan.

—Diablos, no es mala idea. A mí nunca se me hubiera ocurrido buscarla en un sitio así.

—Pero nosotros lo tenemos todo previsto jefe. Sabemos que ella ya está allí. Tenemos un hombre ante la puerta.

—¿Y Will?

—Will no ha aparecido, jefe. No ha podido entrar. Lo único que ha penetrado allí, aparte la chica, es un grupo de cuatro caballos.

—Entonces, liquidadla —dijo Conan, sombríamente—. Liquidadla y luego incendiáis el edificio para borrar las huellas.

CAPÍTULO IX

Eran nada menos que diez hombres.

Todos habían trabajado a las órdenes de Conan en los peores sitios del Oeste central y en las más siniestras rutas ganaderas. Todos estaban dispuestos a obedecer las consignas y todos sabían matar.

Habían revisado sus revólveres.

Jess, quien ahora mandaba el grupo en sustitución de Ramiro, se acercó al que había estado de guardia ante la puerta.

—¿Nada?

—Nada.

—¿No ha podido Will entrar por otro sitio?

—Ni hablar. No hay más que una puerta.

—¿Y agujeros en el techo?

—¡Demonios! ¿Creéis que soy tonto? ¡El techo lo estáis viendo vosotros mismos!

En efecto, todo estaba intacto.

—¿Y guardián? ¿No hay?

—No es una cuadra pública, sino una cuadra particular. Han entrado cuatro caballos al anochecer, el dueño ha cerrado la puerta y en paz. Vamos, si un trabajo como éste os parece difícil es que sois de mantequilla.

—Nadie ha dicho que sea un trabajo difícil. ¿La chica está ahí sin ninguna clase de dudas?

—Yo la he visto entrar y ya no ha salido. Seguro que pasará la noche sobre un montón de paja.

—Y el dueño de la cuadra debe saberlo… Bueno, ya le ajustaremos las cuentas cuando esto termine. Ahora hay que procurar que Will no pueda sorprendemos de ningún modo. Es

capaz de llegar de repente. Vosotros tres os quedaréis de guardia cerca de la puerta.

Jess había dado las órdenes. El grupo avanzó silenciosamente hacia el grande y destartalado edificio de madera.

Siete hombres para matar a una mujer indefensa.

Un trabajo fácil.

* * *

Abrir la puerta no les costó trabajo, pues estaba asegurada tan sólo por una cadena fácilmente desmontable. Sabiendo que a nadie llamaría la atención, descolgaron la cadena y empujaron la puerta. Dentro no había más que penumbra, pues la única iluminación provenía de un farol de petróleo colocado bien lejos de la paja.

Los hombres pasearon una mirada en derredor.

El pesebre ocupaba toda una pared y era muy largo, de modo que los seis caballos que había allí no lo utilizaban totalmente. Quedaba una extensa zona libre, la cual llegaba hasta un gran montón de paja situada al fondo. De la chica no se veía rastro.

Pero era evidente que sólo podía estar en un sitio, y era ocultándose tras el montón de paja.

Jess musitó:

—Entremos. Y cerrad la puerta.

Los hombres obedecieron, desplegándose en silencio. A pesar de que la luz era escasa, estaban seguros de encontrar a la mujer. Notaron que los caballos se removían inquietos.

Uno se agachó, mirando entre las patas de los animales. Pero, no. Allí no se ocultaba nadie.

—La paja —dijo Jess.

Avanzaron poco a poco, conteniendo la respiración. Varios de ellos dieron puntapiés a la enorme pila de paja, sin resultado. Entonces la fueron rodeando, tanteándola poco a poco.

Por fin uno de ellos descubrió lo que buscaba.

—¡Eh, Jess! —bisbiseó.

Betty se había ocultado casi por completo debajo de la paja, pero sobresalía uno de sus tobillos y un zapato. El pistolero rió.

—Ven aquí, gatita.

Entre varios tiraron de la pierna, sacando a la fuerza a la muchacha, que lanzó un grito. Con sus ropas desordenadas estaba

tan hermosa, que los siete granujas sintieron que les brillaban los ojos. Pero las órdenes de Conan eran tajantes y no quedaba más remedio que cumplirlas. Perder un solo segundo en otras cosas podía hacer que de pronto se presentase Will.

Fue Jess el primero que levantó el revólver.

—Lo siento, nena.

—¡Canalla! ¡Granuja! ¡Miserable!

—He dicho que lo siento, nena.

Y fue a disparar.

Pero en aquel momento todos oyeron una voz tranquila, lenta, calmosa, que preguntaba a su espalda:

—¿No quiere que le preste una bala, compadre?

CAPÍTULO X

Fueron siete los pistoleros que se volvieron a la vez, con velocidad de reptiles.

El tipo que vieron allí era el que menos esperaban encontrar en aquel sitio. Daban por descontado que Will se encontraría al otro extremo de la población, y ahora lanzaron casi al unísono un grito al encontrarle dentro de la cuadra. Además, no vestía como era costumbre en él, sino que llevaba ropas vaqueras completamente negras, para pasar más desapercibido. Su estrella, también negra, apenas se distinguía sobre la camisa.

—He entrado con aquellos cuatro caballos —musitó suavemente, correspondiendo a las miradas atónitas de los pistoleros—. Pegado al vientre del que iba en medio era muy difícil que alguien me viese. Podéis decir al imbécil de vuestro espía que debía haberlo imaginado.

Jess y sus hombres estaban asombrados. Will ni siquiera había llevado la mano a su revólver, que colgaba del lado izquierdo. Ellos eran siete y en el cilindro de Will sólo podía haber seis balas, de modo que estaba perdido antes de empezar la pelea. ¿Se trataba de una trampa?

Olfatearon las sombras como animales acorralados, pensando que allí podían estar ocultos todos los hombres del *sheriff*.

—No temáis —sonrió Will—. Estoy solo. Precisamente cuando vosotros habéis entrado echaba una siestecita en aquella parte del pesebre que los caballos ocupan. Y lo siento por vosotros, porque siempre suelo despertarme de mal humor.

Una sonrisa tranquila flotaba en los labios de Will. Parecía sentirse tan seguro como si aquellos siete hombres estuvieran encañonados por el propio gobernador de Arkansas.

Fue aquella tranquilidad lo que hizo saltar los nervios de Jess. No pudo resistir más.

—¡Matadle! —aulló—. ¡Matadleeee!

Todos echaron mano a los revólveres, mientras saltaban por todas partes para ofrecer menos blanco. Sabían que al menos uno, con toda seguridad, saldría vivo, y ése sería el que mataría a Will. Todos tuvieron interés en ser ese afortunado.

Éste fue un factor favorable a Will, porque los siete pistoleros se preocuparon más de cubrirse que de disparar. Hubieran actuado mucho mejor caso de estar desesperados.

Will, por su parte, se movió con una endiablada rapidez.

Mientras «sacaba» con la izquierda, se dejó caer entre las patas de los caballos. Éstos se encabritaron. El revólver crepitó dos veces y los dos hombres que estaban más a la izquierda terminaron su salto cayendo como guiñapos con las cabezas atravesadas.

Jess logró hacerle un rasguño en la mejilla con una bala. Al ver brotar la sangre, salpicando la pared, aulló:

—¡Ya es nuestro!

Y en efecto, Will hubiera sido suyo caso de estar solo, porque cinco hombres resultaban demasiados para él, sobre todo teniendo en el cilindro solamente cuatro balas. Pero Will no estaba absolutamente solo, sino que había que contar también con Betty, la mujer a la que los siete pistoleros habían venido a asesinar.

Ya nadie se acordaba de ella.

Y sin embargo, la mujer actuó. Tenía en la mano un «Derringer» de los de sólo dos balas que acababa de sacar de entre sus ropas. Los pistoleros estaban de espaldas a ella y no le importó apretar el gatillo.

Eran sabandijas y no merecían otro trato.

Las dos balas atravesaron sin remisión dos cabezas. Los tres pistoleros que quedaban vivos se volvieron lanzando un solo alarido, no sabiendo adónde acudir.

Will tenía cuatro balas.

Hubo para los tres pistoleros y aún la última, dedicada a Jess, fue de lujo, de fantasía, como la última carambola de una partida de billar. Sólo sirvió para cercenarle una oreja.

Will sopló en el cañón de su revólver y lo recargó lentamente mientras contemplaba pensativo los siete muertos.

—Son un feo adorno para una cuadra —dijo, mirando a Betty.

Ésta sollozaba silenciosamente.

—¿Por qué llora? —musitó Will—. Ha estado usted muy bien. Temí que perdiera la serenidad con aquellos dos disparos.

—No he hecho más que defender mi vida.

—Y ha actuado muy bien. Buena puntería. Los dos fulanos de su lote tienen la cabeza bien atravesada.

—Habla usted de un modo que da frío, Will. No parece el fiscal de esta mañana.

—Soy más pistolero que otra cosa.

Betty se puso lentamente en pie.

—Hay algo que no entiendo —susurró—. Usted no sabía que yo llevaba un revólver.

—No, no lo sabía.

—¿Cómo pensaba, entonces, acabar con siete pistoleros si su revólver sólo tiene seis balas? ¿Y por qué no lleva dos armas?

—Es que con la derecha soy una inutilidad. No tengo puntería. Además, no sabía el número de fulanos que iban a venir. —Se pasó una mano por los cabellos—. Suponía que no serían tantos para matar a una mujer sola.

—Pues había supuesto mal. Ya ve que son cobardes como serpientes. Quieren asegurarse.

Will sonrió.

—Reconozco que ha sido un mal momento para mí —dijo—. Pero no crea que eso me ha asustado. ¿Sabe qué ocurre en un tiroteo como éste? Los que tienes enfrente, cuando ven caer a sus compañeros, no cuentan las balas. Sólo piensan que no quieren morir y ninguno de ellos se expone a quedarse el último, por si aún queda una bala en la recámara. Estoy seguro de que los dos o tres últimos pájaros hubieran volado hacia la puerta sin querer saber nada más.

—De todos modos, me parece una táctica arriesgada.

—Es que estoy seguro de que la próxima vez que me equivoque en una cosa así voy a dejarme la piel, muchacha.

—¿Qué debo hacer mañana?

—Prestar juramento. Conan tiene ahora el jurado en contra, y en cuanto sus miembros sepan que ya no quedan apenas pistoleros en la ciudad, recobrarán todo su valor. Ese tipo será condenado a

muerte.

—¿Está seguro de que ya no le quedan apenas pistoleros?

La pregunta de Betty se vio truncada por un repentino gesto de alarma. De pronto, gritó:

—¡Cuidado!

Uno de los hombres que esperaban fuera había asomado la nariz para ver si el «trabajo» estaba terminado. Y sacaba velozmente el revólver al distinguir los cuerpos de sus compañeros muertos, teniendo a Will de espaldas.

No llegó a disparar.

Will se volvió.

Tenía ya recargadas dos balas, y las dos fueron para el que intentaba matarle a traición.

Una le atravesó el corazón y la otra le voló la cabeza.

Betty lanzó un grito, llevándose las manos a los ojos para no ver la trágica pirueta del pistolero.

Pero ya llegaban dos más. Se oían sus pisadas rápidas y nerviosas, atravesando la calle. Will comprendió que todo dependía de la rapidez con que recargara el revólver.

Logró introducir dos balas y cerrar el cilindro justo cuando uno de los forajidos entraba ya en la cuadra.

Al principio no vio, porque la penumbra era muy espesa. Eso le costó la vida.

Will lo despachó de un balazo en el corazón.

El otro ya estaba detrás, y había hecho fuego guiándose por el fogonazo. Will tuvo que arrojarse entre las patas de los caballos, mientras la bala le rozaba la cabeza. Disparó con la izquierda su único proyectil y alcanzó a su enemigo en la muñeca, desarmándolo y haciéndole lanzar un grito de dolor.

Luego Will avanzó hacia él, recargando su revólver. El pistolero había caído de rodillas, encogiéndose.

—¿Por qué… no me has matado? —balbució—. Te hubiera sido más fácil… tirar a la cabeza.

—No he querido hacerlo.

—¿Por qué?

—Tienes que estar vivo para hablar con Conan. Dile que prácticamente ya no tiene banda. Deben quedarle como máximo uno o dos hombres más. Y dile también que mañana será

condenado a muerte.

—Estás… loco.

—Más vale estar loco que estar ahorcado. Dile también eso.

El pistolero se puso en pie, sujetándose la mano, y dando tumbos corrió en dirección a la cárcel.

Capítulo XI

El herido llegó jadeante a la cárcel. Sus ojos extraviados dieron una vuelta por la oficina donde estaban los hombres del *sheriff*.

—¿Pu… puedo ver al preso?

El ayudante del *sheriff* miró su mano.

—Claro, chatin. ¿Quién te ha mordido, nene?

—Me… menos bromas. Cuando Fred Conan esté libre ajustará las cuentas a los que no le hayan servido bien. Abridme la puerta.

—No llevas revólver, ¿eh? Por lo visto te lo han quitado…, ¡junto con la mitad de la mano!

Los guardianes rieron. Parecía divertirles mucho aquello de que el visitante se desangrara. No obstante, abrieron la puerta para que pasase al departamento de celdas.

Conan entrecerró los ojos al verle.

—¿Qué ha ocurrido?

—Na… nada, jefe. Que ese Will se nos ha puesto… un poco pesado.

Se le iba la cabeza a causa de la sangre perdida. Tuvo que apoyarse en la pared.

—¡Habla! —aulló Conan, sujetándose a los barrotes—. ¡Habla de una vez, maldito perro!

—Fuimos… a liquidar a la chica.

—¿Y qué? —aulló Conan.

—Ese Will nos esperaba… El muy perro se había vestido de negro para pasar desapercibido… Todo en él era negro…, como su maldita estrella. Pescó a los que habían entrado y los mató a todos. Los que estábamos de guardia fuimos a ver qué ocurría y… a mí me dejó vivo por casualidad. Lo hizo para que le dijera a usted una cosa.

Conan había palidecido. Sus manos sujetaban con tanta fuerza los barrotes que sus nudillos estaban blancos.

—¿Qué tenías que decirme?

—Que está prácticamente sin banda y que mañana mismo será condenado a muerte.

—¿Ésas fueron las palabras de Will?

—Aproximadamente, jefe.

Conan apretó los labios, mientras su garganta se contraía también. Le costaba respirar. Aquel apoyo con el que siempre contó para salir libre, el apoyo de los revólveres de su banda, ya no existía ahora. De pronto las cosas habían cambiado y sobre él se cernía la sombra de la horca.

Pero Conan no había llegado a ser por casualidad el hombre más temido de Arkansas. En las situaciones difíciles sabía superarse a sí mismo, y por eso ahora, después de unos minutos de intensa reflexión, se dijo que no todo estaba perdido.

Reorganizaría su banda. Tenía dinero, y con dinero se compraban los pistoleros en una sola noche.

Dijo al herido:

—Voy a darte unas llaves. Esas llaves son de una caja fuerte que tengo alquilada en el Arkansawer Bank, y donde guardo más de cien mil dólares. El juez sabe que existen, pero no puede tocarlos mientras no haya condena. Vas en seguida al local del Banco y alquilas una caja fuerte. Das una buena propina al vigilante nocturno para que te atienda. Él puede hacerlo. En la caja metes lo que quieras, lo primero que se te ocurra, y en un momento en que te deje solo abres la mía y sacas el dinero. Si no tuvieras una caja alquilada no te dejaría entrar en el departamento especial donde éstas se encuentran, y desde luego tampoco te dejarían manipular en la mía porque el juez lo ha prohibido. Pero si haces las cosas como yo te digo, forzosamente han de salir bien.

—De acuerdo, jefe.

—Con ese dinero recluta hombres. Los encontrarás fácilmente en la ciudad, si prometes cien dólares por día. Necesito al menos seis, para impresionar a los hombres del jurado. Porque sé que mañana dictarán sentencia.

—Sí, jefe.

—Oye algo más.

—¿Qué?

—Quizá se te ocurra largarte con el dinero, pero en ese caso lo sentiría por ti. Soy capaz de buscar un traidor hasta en el mismo infierno, tú lo sabes. En cambio, si me ayudas serás el segundo de la banda.

—Sí, jefe. ¡Y no hable tanto! ¡Me estoy desangrando!

—Una última cosa. Di a Elsa que necesito hablar con ella.

—Tal vez no quiera venir.

—¡Tú haz que venga, imbécil!

Las facciones de Conan estaban ahora rojas por la furia. El hombre salió precipitadamente dejando tras él un reguero de sangre.

Tuvo suerte al no verse precisado a andar mucho. Casi en el mismo porche de la oficina encontró a Elsa.

La muchacha paseaba sola, pero ahora ya nadie se atrevía a molestarla porque se sabía que estaba entre los dos hombres más temibles de Arkansas: Conan, y aquel extraño tipo llamado Will que para matar lucía una estrella negra.

El herido balbució:

—Conan… quiere verla.

—¿Para qué?

—No me lo ha dicho, pero si usted es su abogado defensor…, debe ir. Se lo ruego, no puedo perder más tiempo.

—Está bien, iré. Preocúpese de que le atienda un médico porque se está desangrando.

La muchacha entró en la oficina mientras el pistolero desaparecía. Los hombres del *sheriff*, que se estaban pasando de mano a mano una botella de *whisky*, quedaron atónitos al verla.

Llevaba un vestido tan ajustado a sus formas, y esas formas eran tan… tan… Bueno, como deben ser, que los hombres quedaron boquiabiertos.

—¿Qué busca aquí? —preguntó uno.

—Quiero ver a Fred Conan.

—¿Para qué?

—Soy su abogado defensor, ¿no? Tengo derecho.

—Oiga…, ¿y qué hay que hacer para que usted atienda a alguien? ¿Bastará con que pegue fuego a media ciudad o necesita algo más gordo?

—Necesito que no haga bromas estúpidas. Ábrame la puerta.

El agente obedeció. Al pasar la mujer junto a él, la recorrió con mirada de codicia.

Conan estaba sentado en su camastro. Permaneció recorriendo con los ojos el cuerpo de la mujer hasta que los dejaron solos. Luego se puso en pie.

—Hola, nena.

—Buenas noches, Conan.

—¿No te acercas?

—¿Para qué, Conan? Hay una reja entre nosotros dos.

—Mañana esta reja ya no existirá, nena. Y no me llames Conan, por mi apellido, como si no nos conociéramos. Llámame Fred.

—Está bien, Fred.

—¿Sabes, Elsa? Estás… más hermosa que nunca.

—Me alegro.

—Pareces poco comunicativa.

—Estoy cansada. No tengo ganas de hablar.

—En cambio yo tengo ganas de repetir algo que ya hicimos tiempo atrás. ¿Recuerdas? Cuando esté libre.

Ella se mordió el labio interior, mientras sus mejillas se volvían pálidas.

—No estás libre, Fred.

—Pero mañana todo habrá cambiado.

—Es posible…

El colocó la cara entre los barrotes, colocándose así lo más cerca de la mujer que le fue factible.

—Oye, nena, ese maldito Will me tiene miedo.

—¿Miedo?

—Sí: un miedo que no puede remediar. Si él quisiera enfrentarse conmigo cara a cara, ahora tendría ocasión de hacerlo. Mejor dicho, bastaba con que no hubiera hecho el entrometido para que yo saliese libre. Y entonces nos hubiéramos visto a la distancia de quince pasos. Pero él no quiere eso… ¡Oh, no! El aspira a que, otros me maten sin correr por su parte ningún peligro. Es el cobarde más asqueroso que he conocido desde que puse los pies en esta parte del Oeste.

Elsa volvió a morderse el labio inferior.

—También he pensado en eso, Fred. Me he preguntado muchas

veces por qué no se enfrenta contigo y se deja de tantos líos. Es posible que tenga miedo porque hay quien asegura que eres más rápido que él.

—¡Lo soy!

—Está bien, Fred, no hablemos más de eso ahora. ¿Para qué me has llamado?

Fred Conan carraspeó.

—Yo… Bueno, verás: no tengo tantos hombres como tenía hace poco, y puede que eso influya en el ánimo del jurado. Pero yo quería decirte que no debes dejarte influenciar. Has hecho hasta ahora una hábil defensa y espero que sigas haciéndola. No te desanimes mañana, cuando las cosas se pongan tensas. Tienes que sacarme libre.

—Trataré de hacerlo.

—Nena…

Elsa tenía las facciones rígidas, y sus ojos brillantes e inmóviles como dos piedras preciosas estaban clavados en los del hombre.

—Nena, tú me quieres todavía —dijo Conan con voz tensa.

Ella no contestó.

—Acércate un poco…

Elsa se acercó. En el silencio de la celda se oyó el frufrú obsesionante de sus ropas.

—Bésame, nena…

Ella se mantuvo inmóvil, con los ojos fijos en los del hombre. Fue entonces cuando Fred Conan se sintió acometido por un ramalazo de pasión. Todo su cuerpo pareció estremecerse.

—¡Bésame, nena! ¡He dicho que me beses!

La sujetó por la nuca e intentó acercar la cabeza de la mujer, pero ésta se desasió. Su mano rasgó el aire, yendo a estrellarse con salvaje ímpetu contra la mandíbula de Conan.

Éste lanzó un rugido, pero ya no podía hacer nada más. La mujer atravesaba la puerta que daba a la oficina del *sheriff*.

Los vigilantes estaban con la boca abierta.

—Lo ha dejado hecho un tigre, ¿eh? —balbució uno de ellos.

—¿Y qué?

—No, nada… Que no nos extraña, vamos… Porque nosotros estamos hechos unos leones. ¡Ay, nena, qué lástima que esto no sea la selva!

—Más valdrá que se callen.

—Sí, preciosa. No es nada difícil, se lo aseguro. Porque en cuanto se le ve a usted uno queda sin habla.

Elsa no contestó.

Con las mejillas aun intensamente pálidas, abrió la puerta de la oficina y salió a la calle.

Todo estaba oscuro en ésta, a pesar de que no era demasiado tarde. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que la oscuridad imperaba especialmente en el porche. La lámpara de petróleo que colgaba en éste se había apagado, falta de combustible. La calle estaba silenciosa.

Alguien encendió entonces un fósforo en el porche, cerca de donde ella estaba. La llamita del fósforo prendió en un cigarrillo y le permitió a Elsa ver un rostro.

Aquel rostro era el de Will.

Will se encontraba detenido en el porche, a unos pasos de ella, y la estaba mirando.

CAPÍTULO XII

Will susurró:

—También es casualidad.

—¿Me esperabas? ¿Sabías que estaba aquí?

—No.

Will dio una lenta chupada a su cigarrillo, y al brillar la brasa quedó iluminado su rostro. Se iluminaron, sobre todo, sus ojos, que seguían siendo como dos pedazos de metal.

Luego lo arrojó. Sus facciones volvieron a quedar hundidas en la sombra, mientras las de Elsa recibían un débil rayo de luna.

—¿Has estado viendo al prisionero? —susurró Will.

—Sí.

La voz del hombre se hizo ronca.

—¿Por qué lo defiendes, Elsa?

—No debes hacer esta pregunta.

—Es posible… Es posible que no tenga ningún derecho a hacértela. Al fin y al cabo, ¿qué nos une a ti y a mí? Un viejo reloj de oro con una dedicatoria que tú ya has olvidado, y una moneda de a dólar que yo tenía que dar a un sacerdote para que nos casase. Sólo eso. Es bien poca cosa, ¿verdad? Y, sin embargo, mil veces me he hecho esta misma pregunta: «¿Por qué lo defiende? ¿Es posible que lo quiera, que lo hayas querido alguna vez?».

Su voz había sido ansiosa en sus últimas palabras, y volvió a serlo cuando continuó:

—Mis noches son una tortura. ¡Una maldita tortura que acabará por volverme loco! Sé por qué caíste en sus brazos y nada tengo que reprocharte. Fue el sacrificio más grande que una mujer puede hacer para no destruir la vida de una niña con una visión horrenda. Todo aquello me da asco, un asco infinito, pero nada te puedo

reprochar. Y sin embargo, ahora… Yo pienso y me repito mil veces: «¿Es que volvería a caer en sus brazos? ¿Es que después de lo que sabe haría aquello otra vez, y ahora voluntariamente?». Elsa, tienes que contestarme. Dime la verdad horrenda de una vez, pero no me hagas vivir con esta duda. ¿Por qué lo defiendes? Si sigo así terminaré un día saliendo con el revólver a la calle y matando a media ciudad. ¡Contesta!

Ella guardó unos instantes de silencio.

Su rostro seguía iluminado por un rayo de luna, y aquella luz espectral la hacía aún más pálida.

—¡Contesta! —exigió él.

—Will, yo tengo un hijo.

—¿Y qué?

—Fred Conan es su padre.

Se oyó el chasquido de la garganta del hombre al tensarse como un ensamblaje de piezas de metal.

—¿Hace falta que me lo recuerdes?

—Sí, hace falta que te lo recuerde, Will. Es necesario…, porque ahí está la raíz de todo. Me guste o no, y aunque mil veces maldiga eso, Fred Conan es el padre de aquel inocente. ¿El qué sabe si lo quise o no? ¿Qué le puedo explicar a él del modo que fue engendrado? Ni él admitiría las explicaciones ni yo tendré fuerzas jamás para hablar de aquello a mi propio hijo. Si me humillé hasta el máximo para que una niña no tuviera que presenciar un espectáculo horrendo…, ¿crees que sería capaz de hablar de eso a un inocente que es carne de mi carne? ¡Oh, Will! ¿No lo comprendes? —La cara de la mujer cada vez era más pálida, más crispada y blanca—. Sí, ya sé que lo comprendes, aunque nunca querrás reconocerlo. Yo tengo que decirle a mi hijo que su padre está lejos, que nunca lo verá…, pero que fue un buen hombre. Si hiciese todo lo contrario, él sentiría vergüenza, asco, del mundo y de sí mismo, y ese asco marcaría su vida entera. Y ahora imagina que un día, creyendo que su padre fue un buen hombre, sabe que yo pude salvarlo y que no lo salvé. Sabe que su madre presenció indiferente cómo lo llevaban a la horca… Entonces me escupiría el rostro y yo perdería lo único que me queda en el mundo… No, Will, no puedo hacer eso.

Cuando Elsa terminó de hablar, su voz era desfalleciente. Sus

labios temblaban, y todo su cuerpo caía sin fuerzas. Will tuvo que hacer acopio de energías y respirar fuertemente solo para decir:

—Lo comprendo…

—Gracias, Will.

—Lo comprendo, pero estás equivocada, Elsa. Tu hijo crecerá. Puede que jamás oiga hablar de su padre. Y si oye hablar, siempre habrá alguien que, de hombre a hombre, le explique la verdad. Si estoy vivo, ese hombre seré yo, Elsa. Y te juro que tu hijo no te escupirá a la cara.

—Estaré más tranquila si actúo del modo que lo estoy haciendo, Will. No tengo otro remedio.

—Sí lo tienes.

—¿Qué puedo hacer?

—Deja que Conan muera. Una vez haya muerto, el más espantoso olvido se abatirá sobre él. Tu hijo, educado en Filadelfia, lejos del Oeste, no lo oirá nombrar en su vida.

—Te equivocas, Will. Después de Conan habrá leyenda. Es un pistolero famoso. Cuando muera los hombres y las mujeres hablarán de él.

Will apretó los puños sin darse cuenta, uno contra el otro. Pero los apretó de tal modo que produjeron un chasquido.

—Elsa…

—Dime, Will.

—¿Tú quieres a ese hombre?

—No.

Las facciones de la mujer se habían crispado al dar la respuesta. Will suspiró con alivio.

—Me alegra oírte decir eso, muchacha. Por ti, por mí y hasta por tu hijo al que no conozco. Ese hijo que debió de ser mío… Desde que nos separamos he dado cuerda a este reloj pensando en la hora que nos acercaba, en la hora que haría posible nuestro nuevo encuentro. Y nuestro encuentro ha llegado, Elsa. Aún es fácil rehacer todo de nuevo. Yo puedo jurarte dos cosas: que de nada te acuso y que jamás he querido a otra mujer.

Ella fue ahora la que juntó sus puños con dolor, con una especie de desesperación frenética.

—No puede ser, Will.

—¿Por qué? ¡En nombre del cielo! ¿Por qué?

—Yo ya no soy una mujer limpia, Will… Mil veces tendría la sensación de que piensas en él, en Conan, y eso sería un suplicio. Además, no es eso todo. Hay algo más.

—¿Qué?

—Tú no eres como antes. Antes eras un hombre capaz de enfrentarte a cualquiera, pero ahora tienes miedo. Por primera vez tienes miedo a un hombre, a Fred Conan. Intentas que otros lo maten.

No le fue posible ver el rostro de Will, porque la oscuridad lo ocultaba, pero percibió el chasquido de sus dientes.

—Nada bueno saldría de nuestra vida, Will —susurró ella con un sollozo.

Y dando media vuelta se alejó lentamente por el porche hundido en la penumbra.

Will parecía una estatua de bronce. Sus ojos estaban espantosamente quietos. No la siguió.

CAPÍTULO XIII

El jurado estaba reunido. El juez se encontraba en su puesto, y el fiscal y el defensor también ocupaban sus escaños. El acusado, muy pálido, estaba en el banquillo.

El juez dijo:

—Se abre la sesión. Que pase la testigo que estaba declarando ayer, cuando aplazamos el juicio.

La puertecilla se abrió, y Betty Hunt apareció en la sala. Estaba muy pálida, pero no tanto como Fred Conan. Éste parecía haber perdido hasta el último resto de sus fuerzas.

El juez preguntó, mirando a la testigo:

—¿Se reafirma usted en las acusaciones que hizo ayer?

En la sala hubiera podido escucharse el zumbido de una mosca cuando Betty respondió:

—Sí.

—¿Está usted dispuesta a jurar que lo que dijo es cierto?

—Sí.

—Entonces jure.

Betty dijo con un soplo de voz:

—Juro por Dios y por mi honor que es cierto cuanto dije ayer con relación al acusado Fred Conan.

Un sordo rumor se extendió por la sala. Fred se mordía desesperadamente los labios, porque sabía que no había podido reunirse una nueva banda. En estos momentos ya no asustaba al jurado, y si Will era tan astuto como para no alargar más el juicio, estaba perdido.

Y Will fue astuto.

Se puso en pie y declaró:

—Señores del jurado, han oído ustedes las declaraciones de una

testigo que ha sido a la vez una víctima. Como sus palabras son muy elocuentes, yo voy a ahorrarles discursos. Creo que todos ustedes tienen formada ya una imagen exacta del acusado. Pido que se dé por terminado el juicio.

—¿Pero cómo es posible? —preguntó el juez—. Hay más cargos contra Fred Conan. ¿Renuncia usted a ellos?

—Renuncio.

—Es mi deber advertirle que, si Fred Conan es absuelto por los supuestos delitos de atraco y violación, no podrá acusarle luego de los delitos a los que ahora renuncia.

—Me doy por enterado.

El juez se encogió de hombros.

—Está bien. ¿Tiene algo que alegar el abogado defensor?

Elsa creyó equivocadamente que cuanto de menos delitos se acusara a Conan, mejor. No se dio cuenta de que Will quería aprovechar este momento crucial en que el acusado no tenía un solo pistolero en la sala.

—No tengo nada que objetar —dijo.

—Entonces doy por terminado el juicio —decretó el juez—. Puede retirarse el jurado a deliberar.

El presidente, que tenía tipo de sepulturero, se puso en pie.

—Ya hemos deliberado —dijo.

—¿Cómo…?

—Sí, juez, no se asombre. Anoche nos reunimos y estuvimos todos de acuerdo en que lo que Conan había hecho con esa chica, con Betty, era una canallada. Y resolvimos que si ella juraba que sus palabras fueran ciertas no íbamos a discutir nada. Dejamos aparte lo del atraco al Banco de Van Burén, que no está suficientemente probado, aunque en conciencia creemos que él fue el autor. Pero la píldora de la violación sí que no pasa por nuestras gargantas. Ese tipo es culpable y debe pagar.

Conan emitió una especie de ronquido, al contraérsele el cuello. Elsa estaba muy pálida. Al juez le temblaba la mandíbula, dándose cuenta de lo que representaban aquellas palabras.

—Entonces su veredicto es… —balbució.

—¡Culpable!

El juez se volvió hacia el acusado, tras cerciorarse de que ningún pistolero de éste se encontraba en la sala.

—Oído el veredicto del jurado —dijo—, y teniendo en cuenta que las leyes del Estado de Arkansas señalan la pena de muerte para el delito que usted ha cometido, le condeno a ser conducido de nuevo a la prisión del condado, donde permanecerá bajo vigilancia especial hasta mañana al amanecer. Entonces será entregado al verdugo, quien le colgará por el cuello hasta que muera.

La sentencia fue acogida con vítores y aplausos por una población que al fin se veía libre del miedo. Conan había apretado los puños y tenía la cabeza baja, como si fuera a embestir contra el juez. Éste tuvo que dar varios mazazos a la mesa para restablecer el orden.

—¿Tiene usted algo que decir? —preguntó al acusado—. La sentencia ya no puede ser modificada, pero es muy libre de exponer sus ideas.

Conan se puso lentamente en pie, con los puños apretados, y miró al rostro de Will.

—Sólo tengo una cosa que decir —susurró con voz tensa—. Y se la tengo que decir precisamente al fiscal: ¡Cobarde!

Will no se inmutó. Parecía tranquilo y dueño de sus nervios cuando preguntó al juez:

—¿Puedo interrogarle sobre una importante cuestión?

—Sí, claro —contestó el juez un tanto perplejo.

—Dígame: ¿La muerte de Fred Conan es legal a partir de ahora?

—No le entiendo.

—Quiero decir si alguien podría matarle aun cuando no llevase armas.

—Pues…, claro. El verdugo lo matará.

—Alguien que no fuese el verdugo.

—Bueno… No sé adónde quiere ir a parar, Will. Pero lo único que puedo contestarle es que a nadie se le pedirán responsabilidades por la muerte de Fred Conan, que a partir de este momento es legal.

—Gracias. Es cuanto quería saber.

Will se puso en pie y desapareció por una puerta lateral, en medio de un gran tumulto. El condenado lanzaba imprecaciones y gritos, que aumentaron cuando tres agentes del *sheriff* se lo llevaron a la puerta. Al ser sacado a la calle vio Conan a su pistolero, el de la mano agujereada que atravesaba la calle a caballo junto con otros

tres tipos de pésima catadura. Sin duda acababa de alquilarlos después de toda una noche de esfuerzos.

—¡Ya es tarde, maldito! —rugió Conan—. ¡Maldito mil veces! ¡Demasiado tardeee…!

Uno de los agentes del *sheriff* le tuvo que dar un empujón para meterlo en la oficina.

—Es lo único que has dicho de verdad en tu vida, Conan. ¡Demasiado tarde!

Fue encerrado en su celda, y a partir de aquel momento le quedó rigurosamente prohibido recibir visitas. Un guardia armado con un rifle quedó al otro lado de la reja, vigilándolo sin perderlo de vista.

Conan tuvo un ataque de desesperación y empezó a golpear las paredes, hasta que sus puños quedaron deshechos. Luego se sentó en el camastro, maldiciendo en voz baja.

—Tu actitud no es muy valiente, Conan —le dijo el guardián—. Creí que aceptarías la mala racha de otro modo.

—¡Cállate, perro!

—Me callo porque vas a morir dentro de unas horas, pero si siguiese mi impulso te abriría la cabeza de un culatazo.

—Quiero que me traigan ron.

—Está bien; serás complacido.

El mismo guardián fue a comprar una botella y se la trajo al condenado. Éste bebió un largo trago, descansó y volvió a beber. Hizo esto un par de veces, hasta que la botella estuvo mediada. Entonces la rompió contra las rejas, sujetándola por el cuello, y con los cristales agudos como cuchillos intentó cortar la yugular del guardián, que estaba descuidado. Éste logró saltar a tiempo en el último segundo, golpear la muñeca del condenado y hacerle soltar los restos de la botella, para que no se suicidase.

Los ojos de Conan despedían fuego.

A un paso del patíbulo, seguía siendo un perro rabioso, y su proximidad seguía significando muerte como cuando era el peor pistolero de Arkansas.

Cuando estaba anocheciendo, llegó Will a la oficina. En contra de su costumbre, llevaba dos revólveres.

—Hola —gruñó el *sheriff*—. ¿Quiere despedirse de su amigo?

—Si. Ya he visto que el carpintero levantaba la horca.

—Queda una monada, ¿eh?

—Sí. Está tan bien hecha que debe dar gusto que a uno le pongan de muestra allá arriba.

—Bueno, menos pitorreo. Dígame, ¿qué quiere?

—Hablar con el condenado.

—Ahora tendrá que hacerlo con un guardián delante. Las cosas han cambiado. Es un condenado a muerte.

—Bien. Comprendo que tiene que ser así.

—Entonces adentro.

El *sheriff* abrió la puerta, y Will se encontró con los ojos sorprendidos del guardián y con los ojos diabólicos de Conan.

La puerta se cerró a su espalda.

—¿Vienes a divertirte hablándome de la horca? —Escupió Conan—. ¿Pretendes explicarme la sensación que da la cuerda al romper la garganta?

Will sonrió.

—Supongamos que sí.

Se volvió hacia el guardián y dijo:

—¿Se ha dado cuenta de lo que tiene ahí, en el suelo? ¡El preso podría liberarse!

El guardián tuvo un sobresalto.

Miró hacia abajo, inclinando la cabeza, y entonces Will sacó el revólver izquierdo con velocidad fulmínea. Lo levantó, y antes de que el guardián pudiera darse cuenta de nada se lo había descargado sobre la nuca.

El hombre cayó pesadamente a tierra.

CAPÍTULO XIV

Luego Will miró a Fred Conan.

Las facciones de éste se habían puesto de un raro color terroso. Tenía los dientes apretados, y los ojos no formaban en su rostro más que dos rendijas.

—¿Qué has hecho? —balbució.

—He atacado a un guardián. ¿No lo ves? Estará sin sentido al menos cinco minutos.

—¿Te has vuelto loco, Will?

—Jamás he estado tan cuerdo.

Y Will hizo girar en su mano izquierda el revólver, con un movimiento relampagueante que no pasó desapercibido a los asustados ojos de Conan.

—¡No te comprendo! —balbució éste—. ¡No sabes lo que haces!

—Al contrario, Conan. Desde el primer minuto del juicio contra ti, pensé hacer esto si se te declaraba culpable.

Las facciones de Conan, que eran de color terroso un momento antes, quedaron repentinamente blancas.

—¡Quieres matarme! ¡Quieres matarme como a un perro!

—Morir como un perro es lo que mereces, Conan.

—¡Pero tú eres un cobarde, un maldito y un cochino cobarde! ¡Quieres matarme a través de las rejas sin correr peligro alguno! ¡Piensas tener el placer de matarme tú mismo!

—En eso tienes razón, Conan. Pienso tener el placer de matarte yo mismo.

—¡Pero obrarás como un cobarde! Yo estoy indefenso a un lado de las rejas, mientras que tú…

Will volvió a balancear su revólver.

—No saques conclusiones precipitadas, Conan. Nadie ha dicho

que yo piense matarte precisamente aquí. Al contrario, voy a matarte con todos los honores, dándote antes una oportunidad.

—¿Qué vas a… darme… una oportunidad?

—Si.

—¿Por eso preguntaste al juez…, si mi muerte sería legal a partir de la sentencia?

—Veo que vas adivinando, Conan.

—Tú te has vuelto loco.

—¡Oh, no! En todo caso es una locura que debo haber tenido siempre. Porque durante toda mi vida he pensado que si un hombre tiene algo contra otro debe entendérselas con él. Ésta es la ley del Oeste, y los que vivimos aquí no tenemos otra. ¿Crees que iba a escudarme tranquilamente en mi puesto de fiscal para enviarte a la horca sin correr yo mismo ningún peligro? No, amigo… Estás equivocado. Yo sólo quería poder matarte sin ningún cargo de conciencia, sin que nadie pudiera decirme: «¡Fred Conan no merecía la muerte!». Ahora un jurado responsable ha decidido que debes morir, y yo, cuando te mate, tendré las manos limpias. Pero no voy a liquidarte como tú me hubieras liquidado a mí. Voy a darte una oportunidad, Conan. Voy a dejarte libre.

—¿Dejarme libre…, a mí?

—Has oído perfectamente.

—Esos de ahí fuera lo impedirán.

—También este guardián tenía la misión de impedirlo, y ya ves… De que los otros no molesten me encargo yo.

Aquella situación que a Conan le pareció inverosímil iba tomando realidad. Tuvo la sensación de que Will no se burlaba, de que iba a obrar tal como decía. Claro que en este caso Will podía considerarse muerto, porque él no le daría ninguna oportunidad… Apretó los barrotes con los puños.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué vas a hacer?

—Por lo pronto voy a abrir la puerta con las llaves que tiene este amigo. Colócate al fondo de la celda y no hagas un solo movimiento hasta que yo te lo ordene. Si me pones nervioso puede que se me aligere el dedo, Conan…, y lo sentiría por ti.

—No me moveré.

Conan retrocedió poco a poco hasta la pared del fondo, mientras Will probaba el manojo de llaves arrancado al guardián. No, desde

luego no le convenía moverse ahora. Primero tenía que estar fuera de allí, fuera de la cárcel y de la vigilancia de los hombres del *sheriff*. En la calle debían estar merodeando sus pistoleros recién contratados. Si Will era tan tonto para obrar como decía, no saldría vivo de aquella última aventura.

La cerradura chirrió al abrirse.

—Avanza, Conan. Poco a poco.

Conan avanzó.

—Sitúate a un lado de la puerta con las manos en los bolsillos. Sé que en ellos no puedes tener nada. Si las sacas dispararé.

—No tengas miedo.

—Así da gusto. Eres un buen chico.

Con el revólver aún engarfiado en la mano izquierda, Will abrió la puerta que comunicaba con la oficina del *sheriff*.

—Sal.

Los tres hombres que montaban guardia miraron distraídamente hacia allí, por pura rutina, y de pronto se levantaron en sus asientos pegando un brinco.

Hubieran podido esperar cualquier cosa, pero que el condenado se les presentase tranquilamente allí con las manos en los bolsillos era algo que no se creían capaces ni de soñarlo. Claro que esto no era lo bueno, sino lo que venía detrás. ¡Lo había liberado el mismo fiscal que lo hizo condenar a muerte!

El *sheriff* balbució:

—¿Qué broma es ésta?

—Ninguna broma, *sheriff*. Se trata de una bonita realidad y les aconsejo que se lo tomen con calma.

—¡Está loco, Will!

—Lo mismo me han dicho hace un momento, pero resulta que no lo estoy. Vamos, amigos, dejen caer la artillería a tierra.

Los tres rifles cayeron pesadamente al suelo.

—Los cintos también —dijo Will—. A esta distancia temo más las armas cortas que las largas.

—¡Pero usted está borracho, Will! ¿Qué infiernos busca? ¿Ha matado al guardián de las celdas? ¿Ha llegado a eso?

—¡Oh, no! El guardián de las celdas goza de perfecta salud, aunque de momento sufre un ataque de sueño. Y no perdamos más tiempo porque precisamente ahora pensaba en él. Puede

recuperarse y atacarme por la espalda. De modo que aligeren.

—No pienso obedecer, Will —dijo el *sheriff*.

—¿Piensa que no sé disparar bien con la mano izquierda? Precisamente soy zurdo.

—Conozco su fama de tirador, Will, y además no hace falta ser ningún fenómeno para matar a unos hombres a distancia. Pero sé que no se atreverá a disparar contra nosotros.

—¿Y por qué no? Naturalmente no les mataría, *sheriff*, porque no se lo merecen. Pero sería desagradable que usted terminase, por ejemplo, con una mano agujereada en cuanto intentara tocar el revólver. Y lo mismo digo para sus agentes. ¡Vamos, obedezcan!

El tono de Will no admitía réplica, pero lo peor eran sus ojos. Aquellos ojos metálicos indicaban que estaba dispuesto a cumplir su amenaza.

Mientras tanto Conan seguía con las manos en los bolsillos, sin atreverse a un movimiento pero con todos los nervios en tensión. El *sheriff* pensó que quizá en uno de aquellos bolsillos ocultaba un arma, y se dispuso a obedecer.

Con la mirada, ordenó a sus hombres que se quitasen los cintos, mientras él se llevaba las manos a la hebilla.

Segundos después, los revólveres producían un ruido sordo al chocar contra las tablas del suelo.

—Vamos, Conan —dijo Will—. A la puerta.

Conan obedeció.

Will fue reuniendo con los pies todas las armas y juntándolas en un montón, que lentamente fue arrastrando a la puerta donde ya aguardaba Fred Conan.

—No intenten llegar a ellas hasta que transcurran cinco minutos, *sheriff* —dijo—. Es por su bien. Y ahora…, les deseo buenas noches.

Empujó con el revólver a Conan y lo sacó fuera, dejando tras él a los atónitos representantes de la ley.

Una vez en el porche, dijo:

—Toma un revólver, perro.

Conan tomó el arma, conteniendo la respiración.

Porque había visto a sus tres hombres en el porche frontero.

Pero Will no los había visto aún.

CAPÍTULO XV

Con el revólver engarfiado en la mano derecha, Conan miró de soslayo a Will. Tenía los nervios tan tensos que sentía como si su piel fuera recorrida por calambres.

—¿Insistes en desafiarte conmigo, Will?

—Para eso he hecho todo lo que acabas de ver.

Los tres hombres de Conan, presintiendo la situación, se habían agazapado sin que Will los viera. No eran tontos. Conan comprendió que a partir de aquel momento la lucha estaba decidida a favor suyo.

Nadie, por buen pistolero que sea, puede resistir el ataque de cuatro enemigos a la vez, sobre todo cuando tres de ellos están ocultos y dispuestos a matar a traición.

Conan sonrió mostrando los dientes en una rara mueca.

—¿A cuántos pasos, Will?

—Elige tú mismo.

Conan comprendió que le convenía estar cuanto más cerca mejor del porche donde se encontraban sus tres compinches. La calle debía tener unos treinta pasos de un lado a otro.

—A veinte pasos —dijo.

—Como tú quieras. Cuanto más tiempo cuentes, más vives.

—¿Tú te quedas aquí?

—Sí.

Conan sonrió otra vez con una mueca. Todo salía mejor de lo que había esperado.

Empezó a retroceder.

Un paso. Dos pasos…

Veía la mirada metálica de Will. Veía sus ojos de asesino profesional escrutando a través de la calle.

Diez pasos. Doce…

El sudor comenzó a invadir las facciones de Conan. Se le había quedado la boca seca.

¿Y si sus hombres no disparaban a tiempo? ¿Y si se asustaban en el último momento y no intervenían en el combate para no tener que enfrentarse a Will?

Diecisiete pasos. Dieciocho. Diecinueve…

Ahora la boca de Conan estaba tan seca como si en ella hubiesen derramado arena.

Will seguía con los ojos clavados en él.

No había movido un músculo.

¡Veinte!

Al dar el último paso, Conan levantó el revólver, disparando de cualquier manera, sin apuntar, y arrojándose inmediatamente al suelo. Con aquel disparo sólo había querido cubrirse, distrayendo a su enemigo.

Dejó a sus hombres, los que estaban agazapados detrás, la tarea de acabar con él.

Resonó en la calle un terrible alarido que brotaba de tres gargantas a la vez. Un angustioso alarido de muerte.

Seis revólveres vomitaron plomo contra la figura de Will, que estaba quieto y al descubierto. Y las balas le hubieran cosido de no ser por el *sheriff*, que miraba a través de una de las ventanas.

El *sheriff* sí pudo ver en el último momento a los tres hombres agazapados.

—¡Cuidado, Will!

Will se arrojó a tierra, evitando todas las balas menos una. Materialmente fue imposible conseguir más. La bala penetró en la clavícula izquierda y le inmovilizó el brazo. Su revólver cayó a tierra. El que acababa de herirle sabía que era zurdo y había tirado bien.

Will dio un par de vueltas sobre sí mismo, sin poder evitar que Conan se parapetara tras el porche frontero.

Sujetó el revólver con la mano derecha.

Pero no era lo mismo. Con la mano derecha era un tirador vulgar. Dominando el dolor de su clavícula astillada, hizo fuego.

El *sheriff* desde la ventana, aulló:

—¡Ha sido un idiota, Will! ¡No tenía que dar a esa rata ninguna

oportunidad! ¡Ha sido un idio…!

La bala le arrancó de cuajo una oreja, haciéndole caer hacia atrás. Will disparó contra el pistolero que había herido al *sheriff*, que acababa de descubrirse al hacer el disparo. Necesitó dos balas para alcanzarle, cuando con la mano izquierda sólo hubiera necesitado una. El hombre cayó hacia atrás con la cabeza atravesada.

Los otros dos, junto con Conan, dispararon también.

Un verdadero huracán de plomo se abatió sobre el lugar donde estaba Will, quien había logrado parapetarse tras una de las columnas del porche. Las balas arrancaron la gruesa madera y se la arrojaron al rostro.

Uno de los ayudantes del *sheriff*, al ver herido a su jefe, asomó la cabeza por la ventana y gritó:

—¡Canallas…!

Fue lo último que dijo.

Una bala del propio Conan le atravesó la cabeza. Sus compañeros se agazaparon, pegando sus rostros a las tablas del suelo mientras mascullaban maldiciones. Se dieron cuenta de que estaban acorralados y ninguno quiso arriesgarse más.

Will quedó solo.

Quedó solo ante tres hombres parapetados y sin poder emplear su fuerte mano izquierda.

Apoyándose sobre un codo, se arrastró unas pulgadas sobre las tablas. Otra bala le perforó una bota, no llevándose los dedos por verdadero milagro. Vio que uno de los hombres de Conan, que estaba disparando contra la oficina del *sheriff*, se descubría demasiado.

Hizo dos disparos más y consiguió alcanzar a su enemigo en el cuello. Lo hizo caer, desangrándose. Sin embargo, Will había tenido que descubrirse también para disparar aquellas dos veces.

Conan y el compinche que quedaba vivo se levantaron al mismo tiempo, con las armas preparadas. Will se dio cuenta de que había llegado el momento decisivo, de que éste era el terrible instante en que sería preciso matar o morir.

Morir.

Will sabía que no tenía remedio.

Descubriéndose del todo logró disparar contra el enemigo que le

pareció más peligroso, el compañero de Conan. Su bala alcanzó el estómago de su enemigo unas décimas de segundo antes de que éste disparara. Cayó por encima de los porches.

Ahora Will ya no tenía balas. Tampoco era capaz de disparar de nuevo. Caído en el suelo, sus músculos se negaban a sostenerle.

No obstante, quiso morir erguido.

Oyó el rumor lento, pausado, de los pasos de Conan.

Éste había abandonado su refugio del porche sabiendo que ahora Will nada podría contra él. Que estaba tan indefenso como un pobre perro ciego.

Amartilló el revólver muy suavemente, recreándose en el perfecto funcionamiento de aquella máquina mortal.

Will se puso en pie. Su mirada parecía extraviada, pero aún tenía fuerzas para mantenerse erguido. Dejó que Conan viese la estrella negra que lucía sobre su pecho.

Los dos hombres estaban a quince pasos.

—Tira, Conan —susurró Will—. No puedes fallar…

—Calma, amigo. Quiero acertarte precisamente en la estrella negra. Quiero convertirla en una estrella roja.

Se acercó más.

Diez pasos.

Los agentes del *sheriff*, acurrucados en la oficina, no se atrevían a intervenir por si aquel silencio era una trampa. Daban por descontado que Estrella Negra habría muerto ya. Pensaban que, en cuanto asomaran por la ventana la cabeza, un plomo se la volaría.

Conan entreabrió los labios.

—Has sido un estúpido al darme esta oportunidad, Will —susurró—. A los hombres como yo se les mata en cuanto se les tiene delante. ¿No lo sabías? Y tu estupidez vas a pagarla con la vida…

Los ojos de Will no denotaban temor, sino un infinito cansancio y un infinito desprecio.

—He jugado y he perdido, Conan. ¡Tira de una vez, perro!

El revólver ya apuntaba a la estrella, y la estrella estaba sobre el corazón de Will. A menos de diez pasos, el tiro no podía fallar.

—Tira, perro… —repitió Estrella Negra.

—Claro que voy a hacerlo… Y en cuanto haya acabado contigo, me llevaré a Elsa. Elsa está mejor que cuando era una chiquilla. Voy a pasar con ella unos días deliciosos…

Conan había torcido la boca en una sonrisa cruel, donde el placer se mezclaba al odio. Will lanzó un rugido y fue a saltar sobre él, reuniendo sus escasas fuerzas, pero ya no llegó a tiempo. Conan, fríamente, apretó el gatillo.

Sonó una detonación.

Will no sintió nada.

Sabía, de todos modos, que aquello era la muerte. Él había visto que los hombres a los que se atraviesa directamente el corazón no sufren. Mueren sin darse cuenta, como ahora estaba muriendo él. Con la sensación de que se los lleva un soplo de viento.

Pero sus rodillas seguían firmes. Le extrañó no doblarse.

Vio a muy poca distancia las facciones satánicamente retorcidas de Conan.

¿Pero por qué no disparaba otra vez? ¿Por qué no le remataba, si le estaba apuntando aún?

Sonó otro disparo.

Conan dio una extraña vuelta sobre sí mismo, mirando al cielo, y entonces vio Will, con infinito asombro, la marca roja que tenía en uno de sus costados. El segundo balazo, dirigido al costado también, le atravesó el hígado.

Conan soltó el revólver.

Will sólo fue capaz de balbucir:

—Pero…

Otro disparo.

Esta vez Conan lo recibió en el estómago, y se dobló lentamente. Su muerte era angustiosa, exasperante, y el que lo mataba estaba realizando la obra de arte de un verdugo.

Una cuarta bala.

Está a la mandíbula.

Conan cayó al polvo. Will vio con horror que estaba vivo aún, pero no tenía cara. Sus manos arañaban estérilmente la calle. El fino polvillo ocre se tiñó de rojo.

Fue entonces cuando vio aquella figura blanca.

Fue entonces cuando vio a Elsa avanzar con el revólver humeante en la mano derecha, cuando se dio cuenta de que ella era el verdugo, cuando vio que en sus ojos había lágrimas.

Elsa avanzó dos pasos más.

Una última bala.

Ésta fue compasiva, y la cabeza de Conan, o lo que quedaba de ella, saltó hecha pedazos.

Elsa cayó entonces de rodillas al suelo, soltando el revólver. Hundió la cabeza y se puso a llorar.

Tuvo que ser Will quien se acercara a ella, quien con su brazo útil tratara de levantarla.

—Muchacha. Por Dios…, muchacha…

Ella levantó hacia él sus ojos anegados en lágrimas.

—Ésta era la sentencia justa, Will… Lo he comprendido cuando estaba a punto de ser demasiado tarde…

Hundió la cabeza otra vez sobre el pecho y sollozó.

—Gracias, Will, por llamarme… muchacha.

El la levantó. Aún le quedaban fuerzas, aún tenía energías para soportar aquella carga deliciosa. Sus labios se posaron, muy suavemente, en la mejilla de Elsa, cuando la tuvo junto a la suya.

—Tú siempre serás para mí una muchacha —susurró—. Aunque los dos tengamos un hijo.

Ella le miró. Y quizá por primera vez desde que Will la conocía, vio en sus ojos una luz de felicidad completa y auténtica.

—Tenemos que vivir para él, Elsa —susurró Will—. Tiene que ser lo que tú soñaste que fuera. Y cuando se haga abogado le regalaré un reloj. Un reloj muy viejo. ¿Recuerdas?

Ella, con lágrimas en los ojos, dijo que sí.

Caminaron hacia el porche. Nadie se dio cuenta de que Will movía la mano y dejaba caer algo sobre el polvo de la calle.

La encontraron al día siguiente.

Era una estrella negra.

FIN